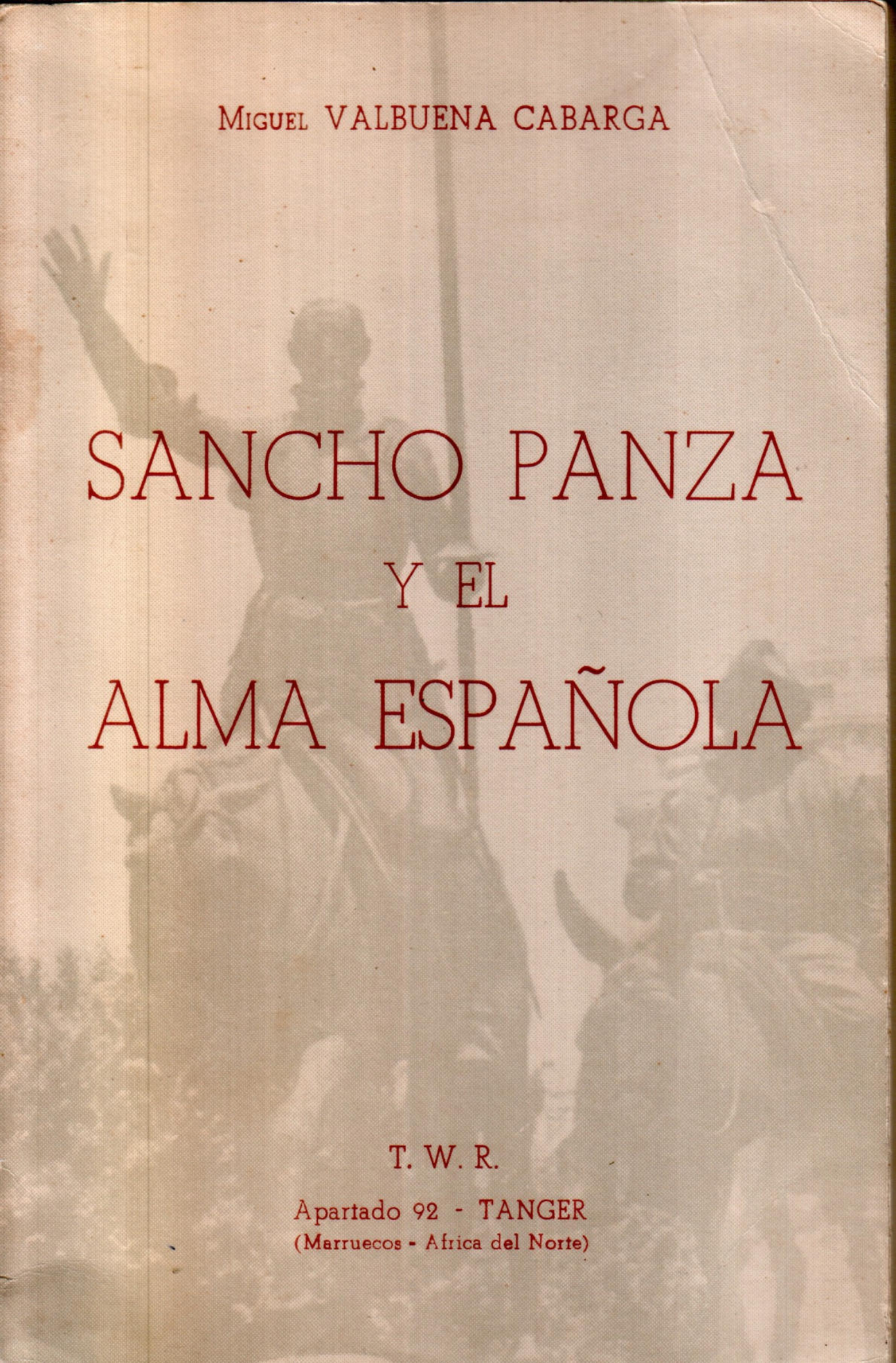
MIGUEL VALBUENA CABARGA



SANCHO PANZA
Y EL
ALMA ESPAÑOLA

T. W. R.

Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

—o—

PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

— Las conversiones de algunos Padres de la Iglesia relatadas por ellos mismos.

CONVERSIONES

— La conversión de singulares personajes bíblicos.

SANCHO PANZA
Y EL
ALMA ESPAÑOLA

MIGUEL VALBUENA CABARGA

SANCHO PANZA
Y EL
ALMA ESPAÑOLA

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

PROLOGO

Mucho se ha escrito sobre D. Quijote y Sancho Panza, no sorprenderá, pues, que este pequeño volumen no tenga pretensiones de descubrir nuevos aspectos de los dos personajes centrales de la obra cumbre de Cervantes. Forzoso es confesar, sin embargo, que un doble motivo ha impulsado al autor a publicar este trabajo, que es una simple recopilación de charlas radiofónicas.

En primer lugar, acceder al deseo de muchos radioyentes que desean leer lo que han oído, y así lo expresan por carta. El otro motivo, es el de difundir los valores humanos, morales y espirituales que encierran las páginas del Quijote. Cierto es, que a fuer de humana, la filosofía del insigne manco de Lepanto, debe ser no pocas veces «enderezada» —permítaseme tan quijotesco término— por las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Así, confiamos que el lector hallará junto a un mundo de ficción, otro de profundas realidades espirituales que son válidas, tanto en nuestros tiempos de prodigiosas realizaciones científicas, como lo fueron en la jocosa época de la Caballería Andante.

Por si el lector tuviera interés en verificar las citas de las Santas Escrituras, las hallará en dos versiones Católicas: Bover-Cantera y Nacar-Colunga.

I

QUIJOTE O SANCHO

Tanto se ha insistido en que D. Quijote de la Mancha encarna el espíritu español, que será no pequeño trabajo convencer al amable oyente que, el que realmente lo personifica es Sancho Panza, el labrador manchego en quien buscó ayuda y compañerismo el bueno de D. Alonso Quijano.

Cierto es, que en el español en general, se hallan ciertas trazas de quijotismo, pero eso es sólo en forma esporádica, pues en el fondo, el español medio tiene más de Sancho Panza que de Caballero Andante al estilo de D. Quijote.

No vaya, sin embargo, a creerse, que hablar de Sancho Panza, en relación con el pueblo español, es usar el nombre de aquel manchego en forma peyorativa. No, al contrario. Creemos que al buen villano manchego se le han atribuido todos los defectos, mientras que a su hidalgo Caballero le llovían los honores. Lo cierto es que, a pesar de que Cervantes nos lo presenta de buenas a primeras como «hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera», mucha sal y exquisita gracia y buen sentido es lo que derrocha Sancho en las páginas del libro que cuenta sus andanzas con D. Quijote.

No hay duda, de que escuchar a Sancho es equivalente a oír los deseos de un pueblo que, aunque no con la fantasía de un Caballero Andante, vive su aventura propia, llena de ilusiones, unas ilu-

siones lícitas que tienen su raíz en el presunto hombre de bien, de quien Cervantes dice entre paréntesis, «si es que este título puede darse al que es pobre».

Y así llegamos a dos términos que bien podrían por hoy, resumir lo que quisiéramos decir de Sancho Panza y el alma española.

Pobreza y bien se entrelazan con la ilusión, ésta desbordante y fantástica en unos, y mezquina y grosera en otros, pero al fin y al cabo ilusión. Se nos presenta a Sancho como el prototipo del buen vivir o de la gula, cuando en el fondo no buscaba otra cosa que la que todo pobre busca, el sustento para él y los suyos. Sin embargo, es singular que en la historia de los preparativos del viaje, no es Sancho Panza el que piensa primeramente en la manduca, sino es D. Quijote quien, después de diversas instrucciones encargó a su incipiente escudero que, «sobre todo llevase alforjas para el camino».

Anteriormente hemos dicho, y ahora repetimos, que el español más que un D. Quijote es un buen Sancho Panza y estamos seguros que la siguiente descripción, cuadra mejor con el español en general, que la de un soberbio Caballero Andante cabalgando en un rocín, con una rodela prestada, una celada rota y otras armas que habían pertenecido a su bisabuelo. Pero, veamos lo que escribe Cervantes respecto a nuestro plebeyo Sancho:

«Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido».

¿Quién de nosotros no se ha sentido un buen

patriarca como Sancho, más bien que un Caballero Andante buscando camorras, aunque con el loable fin de «desfacer entuertos»? Cierto es, que mejor que caballerescas aventuras, preferimos el patriarcado sanchopancesco, con unas alforjas bien repletas, una bota que no le vaya a la zaga y sobretodo con unas ilusiones que dejarían chiquitas las quimeras del más encumbrado Caballero.

Trotando por los Campos de Montiel, no habiendo siquiera roto lanza alguna, ni expuesto su pellejo, nuestro buen Sancho al contacto de sus bien provistas alforjas, sueña ya con una ínsula, un condado y por qué no, con un reino. Un reino, claro está, que implica una reina, su oíslo Juana Gutiérrez, y unos infantes, sus hijos.

¡Ah, buen Sancho, cuánto nos parecemos a tí! Pobres, pero fantásticos. Cómo hubieras también tú esperado cada año el 22 de diciembre, soñando con el automóvil, el televisor, la lavadora mecánica y la nevera eléctrica para tu Juana Gutiérrez y tus infantes. Cómo, habiendo caído «el gordo» en otra parte, te hubieras encontrado de nuevo con tu austera realidad, pero, siempre esperando el milagro.

Porque, la verdad es, amigo, que como Sancho, en el fondo nuestra ilusión no es más que la concreción del milagro a lo cotidiano, a lo vulgar, a la necesidad terrena. De ahí, que al final de la interesante plática entre D. Quijote y Sancho Panza, le dijera el ingenioso hidalgo a su escudero:

«Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que él dará lo que más convenga». A lo que Sancho respondió: «No lo haré, señor mío, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar».

Alforjas e ilusiones. Pobreza y milagros. Así, en términos tan desiguales se concreta nuestra alma española, el Sancho Panza que todos llevamos dentro. Y ¡cómo todo ello nos acerca del Evangelio! Porque también allí se lucha, se sufre y se sueña; se pide «el pan cotidiano» y a la vez, «que el Reino de Dios venga».

Estoy cierto, mi buen amigo, que Jesucristo pronunció sus famosas declaraciones a la intención de nuestra condición de Sanchos. Que otra cosa si no quiso decir el Divino Maestro cuando nos exhortó a, «buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso — el comer y el vestir — se os dará por añadidura» (Mateo 6:33).

Razón tenía el hidalgo manchego con su consejo a Sancho, «encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que él te dará lo que más convenga».

Yo sé, amigo radioyente, que nuestro Sancho, el propio, el íntimo, asiente al consejo. También en nuestros días tenemos nuestras necesidades y, ¡qué necesidades! Nuestros pequeños infantes y nuestra Juana Gutiérrez esperan en nosotros, pero en vez de vivir en el reino de la fantasía, de lo quimérico, vengamos al reino de lo milagroso, de lo divino, donde se satisfarán con creces nuestros deseos espirituales y nuestras necesidades materiales, pues poderoso es Dios que alimenta a los pajarillos y viste a los lirios del campo, para proveer lo que escasea o nos falta.

No sabemos si Cervantes leyó las epístolas de San Pedro, pero lo hiciera o no, es el santo apóstol, antes que él, quien escribió en su epístola universal, la primera:

«Los que padecen según la voluntad de Dios,

encomienden al Creador fiel sus almas» (1 Pedro 4:19).

No somos gente privilegiada con un exceso de bienes materiales, pero si tan sólo fuésemos lo sabios y humildes para dejar expresarse al Sancho que vive en nosotros, podríamos ver colmada nuestra alma con el patrimonio espiritual que sobrepasa aún nuestra fantasía. ¡Ah, si sólo pudiésemos balbucear en sencilla humildad ante nuestro verdadero Señor, como lo hizo el buen Sancho ante su Caballero:

«No lo haré, señor mío, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar».

Encomendad vuestras almas a Dios, nos dice San Pedro; buscad primero el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas os serán dadas por añadidura, nos enseña Jesucristo. Quita de nosotros, Señor, lo que pueda haber de Quijote y haznos sencillos Sanchos, suplicamos nosotros, para que, a pesar de que nos sintamos como un patriarca sobre un jumento, con las alforjas llenas, sepamos elevar nuestra alma más allá de las almenas de las mansiones condales, a aquel hermoso lugar donde San Pablo nos dice que, «está Cristo sentado a la diestra de Dios, viviendo siempre para interceder por nosotros y así salvarnos eternamente» (Colosenses 3:1; Hebreos 7:25).

II

A QUIEN ENCOMENDARSE

Entre las andanzas de D. Quijote y Sancho Panza, figura la singular aventura de los molinos de viento. En nuestro caminar por la vida, no son pocas las veces que también nosotros tropezamos con obstáculos. En ocasiones estos obstáculos se nos aparecen como horribles gigantes, en otras, como molinos de suaves y armoniosas aspas que ponen una nota alegre en las desnudas llanuras. Todo depende de la visión que se tenga, aunque esta visión a menudo, no radica tanto en los ojos como en la mente y en el corazón.

Así ocurrió, por lo que nos cuenta Cervantes, con D. Quijote y su escudero. Al primero, se le antojó que aquellos treinta o cuarenta molinos de viento, eran desaforados gigantes con brazos de casi dos leguas. A Sancho, sin embargo, con su buen sentido y exacta visión, le parecieron lo que, en realidad eran, unos simples molinos de viento. La diferencia en la visión, obedecía a un motivo que el buen escudero señala a su señor, diciéndole después del percance: «¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?»

Sí, amigo, quien en su imaginación crea gigantes, los verá por todas partes, como le ocurrió a Don Quijote. Convengamos, sin embargo, que esta fan-

tástica visión no es la general del español medio. Quizás hallaríamos algunas raras excepciones en aquellos que siempre piensan que han de habérselas con gigantes que les son contrarios, pero, la gran mayoría asienten con Sancho Panza que los molinos de viento, molinos son. Lo que, empero, no tiene sentido, es la actitud de los exaltados hacia los simples, pues llevados por su quimera, los que se han creado gigantes en su imaginación, desprecian a los otros por apocados y miedosos. Es más, mientras así denuestan a los que gozan de correcta visión, les recomiendan lo que ellos creen debe ser el remedio de los de poco espíritu: orar. Así lo expresa, D. Quijote en el momento crítico de su aventura, diciendo a Sancho: «si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla».

¡Bendito el momento, presuntuoso Hidalgo manchego, en que se te ocurrió recomendar a los de corta visión un auxilio como la oración que, en suma, es el que elevará sus ojos de los vetustos molinos terrenales, a los molinos de Dios que, según alguien dijo, muelen despacio, pero muelen fino!

Porque, no me negarás, mi buen amigo, que aunque la oración, según el fanfarrón Caballero Andante, es el recurso de los pobres en espíritu, también él ora, pero encomendándose de todo corazón, como nos dice Cervantes, «a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese». Ahí sí le faltó visión a nuestro Hidalgo manchego, puesto que desdeñando a los miedosos, en su miedo él clama a su señora Dulcinea del Toboso, de quien se nos dice, «que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha».

Es, pues, evidente que el que desvaría albergando molinos de viento en la cabeza, termina encomendándose a una mañosa labriega que sabe aderezar bien el tocino. Todo ello no implicaría gran daño a no ser por el desprecio hacia los cuerdos Sanchos que aun a despecho de ser tratados de pobres de espíritu y miedosos, elevan su alma a Dios su Creador. Antes de que Nietzsche lanzara su teoría del super-hombre, ya habían por nuestras Castillas super-hombres mofándose de los humildes que sabían encomendarse a Dios. Pero no creemos que aquella especie dejó de existir, y aún en nuestros días podrían hallarse entre el pueblo español los que, después de unos desmesurados delirios de grandeza, terminan en su angustia por encomendarse a algún pobre ser ocupado en menesteres porcinos.

Sacamos, pues, la conclusión de que el espíritu de la mayoría del pueblo español, nada tiene que ver con la majadería quijotesca de ver gigantes en simples molinos y encomendarse a labriegas hacendosas. En cambio, sí está patente este espíritu, en la actitud del medroso Sancho. Medroso, pero sabiéndose confiar en Dios. Apocado, pero atreviéndose a orar. Pobre de espíritu, pero dándose cuenta de que, precisamente para él y sus circunstancias pronunció Cristo su primera y quizás principal bienaventuranza:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos» (Mateo 5:3).

Y aquí quisiera sacar a colación otro de los rasgos que nos muestran nuestro parentesco con el Sancho humano, con el sencillo, aun si se quiere con el simplón de quien los demás se ríen.

Después del revolcón sufrido por D. Quijote al ser lanzado al suelo por las aspas del molino de viento, quedó el pobre tan molido que a penas podía tenerse derecho sobre su rocín. Sancho adivina la causa y con maña se la hace confesar a su señor en estos términos: «Si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ellas».

Habrán Quijotes aún, pero a tí y a mí, amigo radioyente, nos cuadra mejor lo que Sancho le replica diciendo: « De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse».

Termina esta sabrosa plática entre Hidalgo y escudero, con esta significativa frase: «No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero».

Puedes reirte, si quieres, fatuo Caballero Andante, de la simplicidad de quien sabe desahogar su pena y dolor, pero haciéndolo, piensa que afrentas a Aquél que a la intención de los que sufren dijo:

«Bienventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mateo 5:5).

Convendrás conmigo, que más vale ser un pobre Sancho, sencillo, humilde de corazón y pobre de espíritu que en su congoja y dolor clama a Cristo en busca de perdón, consuelo y salvación, que un orgulloso Quijote que, con una apariencia de valor se encomienda a una ruda labradora en trances de peligro y se traga el dolor de sus heridas por no saber orar a Aquél que tantos dolores sufrió en el Calvario por él.

Para terminar, quisiera aludir a la expresión

algo recia del Quijote, cuando dice: «no me quejaré aunque se me salgan las tripas por mi herida». Ella me recuerda a un personaje siniestro que aparece en las páginas del Santo Evangelio. Tampoco él supo encomendarse debidamente a Dios. Pese a las favorables ocasiones de lograr una visión certera del Dios-hombre; a pesar de sus privilegios y del amor que le mostró el Divino Maestro, Judas, pues tal es el personaje, sufrió el error de encomendarse a los sacerdotes judíos y a su bolsa. El resultado de su devaneo fué un trágico fin. Así lo narra el apóstol San Pedro a los discípulos congregados en Jerusalén:

«Judas, pues, adquirió un campo con el salario de la iniquidad, y habiendo caído de cabeza, reventó por medio y se le salieron todas sus entrañas» (Hechos de los Apóstoles 1:18).

III

VENGANZA O PERDON

Malparado salió nuestro buen Caballero Andante, de su precaria victoria sobre el gallardo vizcaíno que le salió al paso. Pero lo que aquella aventura nos muestra, es que D. Quijote a pesar de proclamarse el defensor del derecho y el adalid de la justicia, en el fondo de su alma era injusto y vengativo cuando se trataba de algún agravio por él sufrido. Vémoslo, claramente, cuando después del combate con el vizcaíno, descubre que su celada está rota. Nos dice Cervantes que nuestro Caballero, «pensó perder el juicio» ante tamaña pérdida.

Pero, es en los propósitos de D. Quijote ante tal descubrimiento, donde se advierte la injusticia. Nos cuenta la historia que poniendo la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: «Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y a los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantúa cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan a manteles... y otras cosas, que aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo».

Quizás lo que agrava estos injustos sentimientos de D. Quijote, es que toma por testigo de su rencor y venganza, al Creador y a los Santos Evangelios, que como en otros lugares del Quijote se nos dice, son la encarnación de la verdad.

Extraña actitud la del Caballero Andante, pero que por desgracia no ha dejado de cundir. En efecto, cuantos hay en nuestros días que para cubrir alguna infame acción con un manto de justicia, alzan sus ojos al cielo e invocan los nombres más sagrados. De bien poco sirve todo ello, pues aunque el que tal hace se ha cegado en sus propósitos de venganza, no ha podido cerrar los ojos de los que le rodean, ni acallar la voz de sus conciencias.

Y es, precisamente en este punto donde hallamos que el sentir de Sancho, ante tal injusticia, es el mismo sentir del alma española. Podrán, con discursos altisonantes, los modernos Quijotes, tratar de convencernos de que lo negro es blanco y lo blanco negro. Intentarán, incluso, hacernos ver que una simple raja en una celada reclama como compensación ríos de sangre. Pero el hombre normal, el Sancho de nuestra tierra, no se dejará fácilmente arrastrar por las ampulosas frases y las invocaciones a destiempo, por la sencilla razón de que posee un juicio más ecuánime, aunque no lo sepa expresar con tanta sonoridad. Así lo hace el sencillo escudero, respondiendo sabiamente lo siguiente: «Advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito».

Asintió, en fin, D. Quijote a las razones de su escudero, aunque no vaya a creerse que por mucho tiempo, pues en la trágica aventura que tuvieron

con los yangüeses, y de la cual salieron tan molidos a palos, de nuevo se trata de la cuestión de la venganza. Cierto es, que en vez de una celada, esta vez se trata de un rocín a quien hay que defender, castigando el agravio que se le había infligido. Cuando Sancho con su buen sentido, le dice a su señor D. Quijote, «¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, si estos yangüeses son más de veinte, y nosotros no más de dos y aun quizás nosotros sino uno y medio?». «Yo valgo por ciento», le responde D. Quijote. Y sin más discursos arremetió contra aquel grupo de arrieros. Lo peor, en este caso es que, a pesar de su repugnancia por tales actos de violencia, nuestro buen Sancho se dejó llevar a la pelea, como dice Cervantes, «incitado y movido del ejemplo de su amo».

Triste verdad, mi buen amigo, la que este episodio nos enseña. La mayoría de los españoles somos, como este buen Sancho, enemigos de las pendencias y más aun de las venganzas, y a pesar de todo, si se nos incita con un sanguinario ejemplo, podemos llegar a querer emular a los vengativos, a los que proclaman la razón de la sinrazón. Es lamentable que sean los palos los que nos despierten a la realidad y al buen juicio.

¿Por qué, amigo, haremos tantas veces caso de los que se jactan de «valer por ciento»? ¿Cómo no nos damos cuenta de nuestra miseria y ruindad antes de que las consecuencias de nuestra insensata actitud nos alcancen? Aunque le molestó a D. Quijote, cuanta razón tuvo Sancho al decirle como epílogo a su aventura, «hay gran diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura». Sí, Sancho, cuán cerca estás en tu apreciación de

nuestra condición humana, con lo que declaraba el apóstol San Pablo a los fieles de Filipos escribiéndoles:

«A pesar de todo, cuantas cosas eran para mí ganancias, ésas por amor de Cristo las he reputado pérdida, y aun todo lo tengo por pérdida, comparado con la eminencia del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura, a fin de ganar a Cristo y ser hallado en El, no poseyendo una justicia propia, aquella que viene de la ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que procede de Dios, fundada sobre la fe» (Filipenses 3: 7-9).

Lo lamentable, sin embargo, es que los bravucones que valen por ciento, cuando han saboreado el gusto de los palos, prefieren, con diversos pretextos, que los otros se encarguen de salvar su honor. Así fué como D. Quijote dijo a su escudero lo siguiente: «cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes a que yo ponga mano a la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender».

No le pareció tan bien a Sancho Panza el discurso de su amo, y en su respuesta hallamos una declaración de fe en los valores morales que se encierran en la doctrina evangélica. Así dijo el buen Sancho: «Yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar: así que séale a vuestra merced también aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondré mano a la espada ni contra villano ni contra caba-

llero, y que desde aqui para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin exceptuar estado ni condición alguna».

Sí, Sancho, tienes razón, pues nada justifica el empleo de la espada. Cristo mismo nos lo enseñó diciendo:

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9). Y en otra ocasión añadió:

«Todos los que empuñan espada, por espada perecerán» (Mateo 26:52).

Dejemos el menester de las espadas a los Quijotes; tú y yo, mi buen amigo, hagamos causa común con Sancho, y aún más que con él, con San Pablo, el apóstol, quien nos enseñó a no vengarnos, diciendo:

«En lo posible, de vuestra parte, mantened la paz con todos los hombres. No os toméis la venganza por vuestras manos, amados; antes bien, dad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: «Para mí, la venganza: yo daré el pago merecido, dice el Señor». Antes si tuviere hambre tu enemigo, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; porque esto haciendo, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No dejes vencerte por el mal; antes vence el mal a fuerza de bien» (Romanos 12:18-21).

Hoy tendríamos que identificarnos con Sancho haciendo nuestra su resolución: la de perdonar todo, de todos y en todo tiempo. No será fácil, lo sabemos, pero esta actitud es imprescindible para que nuestra vida espiritual prospere. No olvides, amigo, que está íntimamente relacionada con el perdón de Dios,

como Cristo declaró en el Sermón del Monte:

«Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados» (Mateo 6:14-15).

Que nuestra plegaria sea hoy, pues, la siguiente:

«Padre nuestro que estás en los cielos, perdona nuestros muchos pecados, en virtud de los méritos logrados por Jesucristo en la Cruz del Calvario, así como nosotros perdonamos las pocas faltas de los que nos rodean».

IV

EDAD DE ORO Y BELLOTAS

No todo son aventuras en los relatos del Quijote, también la suerte les deparaba a nuestro Hidalgo manchego y su escudero, agradables ratos de solaz en compañía de personas de humilde condición, aunque de probada generosidad. De entre los momentos de reposo en su agitada vida, descuella el que pasaron una noche en compañía de unos cabreros que habitaban sencillas chozas.

Magra fué la cena de aquella noche, pues tuvieron que contentarse «con una cebolla, un poco de queso y algunos mendrugos de pan». Deseosos de llegar cuanto antes a poblado para no dormir a cielo descubierto, se apresuraron amo y escudero a dar fin a su pobre y seca cena, comiendo en buena paz. En el camino tropezaron con no poca generosidad por parte de unos cabreros que por aquellos lugares vivían. D. Quijote y Sancho Panza participaron de buen grado a la cena que en rústica mesa habían aderezado los cabreros, y Cervantes, no sin cierta ironía, señala el hecho de que, «con mucho donaire y gana embaulaban tasajo de cabra como el puño».

Pero, es después de la suculenta cena, que ante la vista de unas bellotas avellanadas, D. Quijote se siente inspirado por el ambiente pastoril, y a falta de truculenta aventura, nos ofrece un sin par discurso sobre la edad de oro de la humanidad.

Hemos de advertir, sin embargo, que aquellos buenos cabreros, «estaban embobados y suspensos» escuchando aquella improvisada arenga; lo que no sabemos, es si entendieron demasiado aquella peroración de tan elevadas formas y contenido, pues el autor del libro añade que, « no entendían aquella jerigonza de escuderos y caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer, callar y mirar a sus huéspedes».

A pesar de que no puede haber duda de que D. Quijote estaba loco, en esta ocasión su magín se elevó a alturas insospechadas. Quizás, porque estaba realmente loco, se atrevió a trazar un cuadro tan ideal de los siglos dorados de la humanidad. Lo que desconcierta ante esta arenga, es que buscando en los anales de la historia y de la civilización, difícilmente podría hallarse edad con las características tan brillantes y doradas como las que el Hidalgo manchego nos la presenta. Cierto es, que en las Sagradas Escrituras hallamos una época que puede compararse a la descrita por D. Quijote, pero no es edad pasada, sino futura; la época que resultará del glorioso reinado de Jesucristo. Isaías, aquel inspirado profeta de Israel, nos traza algunas características de aquella dorada edad que brillará con resplandores divinos, cuando escribe:

«Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. La vaca pacerá con la osa, y las crías de ambas se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá más ya daño ni destrucción en

todo mi santo monte, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yavé, como llenan las aguas el mar» (Isaías 11:6-9).

Empieza D. Quijote su discurso, aclarando que lo de edad de oro, poco tiene que ver con el vil metal, sino designa más bien que entonces los que en tal siglo vivían, «ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Se extiende D. Quijote a continuación, sobre la abundancia y pureza de las aguas, los panales que sin interés alguno ofrecían las discretas abejas y las livianas cortezas que los valientes alcornoques despedían de sí, para que los hombres se defendieran de las inclemencias del tiempo. «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia», continúa diciendo en su arenga nuestro buen Caballero Andante, «no había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza».

¿Dónde habrá inquirido nuestro buen Quijote? Porque, cierto hubo una época ideal, cuando la inocencia del hombre, después que éste salió de las manos de Dios y gozó con Eva, su mujer, las delicias de un Edén. Pero pronto todo aquello terminó precisamente por engaño y falta de verdad que condujo a la desobediencia a Dios, dando así paso al pecado de nuestros primeros padres en aquel delicioso jardín. Tan trágico, si cabe, fué el fratricidio de Caín que mostró la inexistencia de la paz y concordia, aun entre hermanos y que los conceptos de

«tuyo» y «mío» eran una terminología criminal y egoísta. No sabemos, pues, de donde imaginó D. Quijote era tan dorada, pues la humanidad jamás fué ni en tiempos pasados ni presentes, como él la describe en su arenga.

Quizás, Sancho, de menos magín pero más agudeza, se estaría también haciendo su discurso mientras oía pero a la manera práctica de nuestros días. De él no se nos dice que estuviera «embobado y suspenso». El callaba y comía bellotas —al menos aquello pertenecía a una realidad de la edad de oro—, y al mismo tiempo visitaba el zaque, donde se enfriaba el vino.

¡Cuánto nos parecemos a tí, buen Sancho! Estamos tan hartos de arengas y discursos presentándonos la edad de oro de la humanidad que, lo mejor ya, es callar, comer y beber. Lo demás, lo dejamos para los idealistas y los filósofos; para los que ante un puñado de bellotas elevan su imaginación hacia las más doradas utopías... pero se olvidan de comer y de beber. Sin embargo, mi buen amigo, no siempre la actitud de este Sancho que llevamos dentro, es una actitud razonable. Porque si bien es cierto que hay que comer y beber, la vida no consiste solamente en eso. Podemos materializar tanto la vida que lleguemos, como en los tiempos del apóstol San Pablo, a resumirla a los extremos que se compendian en la frase:

«Comamos y bebamos que mañana moriremos» (I Corintios 15:32).

No queramos ser Quijotes, idealizando una humanidad que, como dice Cervantes, «para alcanzar su ordinario sustento no debe tomarse otro trabajo que alzar la mano y tomar el dulce y sazonado

fruto», pero tampoco seamos Sanchos, tan apegados a las bellotas y al zaque, que estemos al fin, «más para dormir que para oír canciones». No nos sería difícil encontrar un término medio en Aquél a quien tildaron de «comilón y bebedor de vino» (Mateo 11:19). Fué Cristo, en efecto, quien supo comer y beber para que en él tuviésemos el dechado de un perfecto equilibrio entre nuestra naturaleza que reclama bellotas y nuestra alma que suspira por aquella dichosa edad de oro, que sólo ha existido en la imaginación de los Quijotes. Mi buen amigo, debemos saber comer y beber, pero de forma tal, que como la Santa Escritura nos enseña:

«Ora, pues, comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (I Corintios 10:31).

Nuestra historia termina diciendo que D. Quijote, «toda la más de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces».

¡Pobre D. Quijote! Trocas la edad de oro por las memorias de una ruda moza del Toboso que, según los decires de Sancho, «tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo». Sancho, en cambio, nos recuerda a un patriarca que, quizás tan molido como él, se durmió en el camino de su destierro y soñó que del lugar donde su cabeza estaba recostada, «una escala apoyada sobre la tierra tocaba con su remate en los cielos y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios» (Génesis 28:12).

Sí, amigo, es lícito comer, pero no te olvides de soñar con los ojos del alma, aun en las peores circunstancias como en las que Jacob se encontraba. Pero, no sueñes quimeras, sino realidades como las que aludiendo sin duda a este incidente de Betel, Jesucristo declara a Natanael diciéndole:

«¿Porque te he dicho te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. Y añadió: En verdad, en verdad os digo, que veréis abrirse el cielo y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Juan 1:50-51).

V

VALOR Y MIEDO

En su sed de aventuras, aunque con el loable fin de «favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos», D. Quijote siempre hallaba, en su desvarío, sobradas razones para entablar desigual lucha. En esta ocasión, lo hallamos enfrentado a los ejércitos del gran emperador Alifanfarón, señor de la isla Trapobana, y a los de Pentapolín, rey de los Garamantas, todos ellos, claro está, en su imaginación, ya que se trataba de unos rebaños de ovejas conducidos por sus sencillos pastores. Pero, amigo, así ocurre a menudo, con los que creyéndose valientes toman sus deseos por realidades. Muchas veces, como bien dice Cervantes, todo ello no es sino la consecuencia de estar «empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos». En efecto, cuántos sueños de príncipes y princesitas, así como, de bandidos, pueden hallarse en la imaginación de nuestra juventud a causa de los malsanos libros que circulan en la actualidad. Qué pena da, darse cuenta de la influencia de los libros de la serie negra en la extensión de la delincuencia juvenil, o en las promociones de los presuntos valientes, que no son otra cosa que fanfarrones y matones.

Lo curioso, sin embargo, es que la valentía de esos Quijotes de nuevo cuño, es una valentía que desprecia los valores morales de la sensatez y buen juicio de los otros, porque «no oyen el relinchar de

los caballos, el tocar de los clarines y el ruido de los tambores», como ellos.

Así ocurrió en la aventura que nos ocupa, con nuestro buen Sancho y su amo. Después de aquella fascinante descripción de grandes duques, célebres barones y famosos caballeros, el sencillo escudero dijo a D. Quijote: «Señor, encomiendo al diablo hombre ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; a lo menos yo no los veo... no oigo otra cosa, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad».

«El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas. Porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte, y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diese mi ayuda».

¡Pobre Sancho! Tratarte de miedoso, cuando tu único pecado fué el dar razón a tus sentidos. Aunque la verdad es que, en otras ocasiones sí tenías miedo, como también lo tienen todos, incluso nosotros. Sí, Sancho, nosotros no podemos blasonar de valientes como tu Hidalgo Caballero, nosotros creemos como tú que, «el miedo tiene muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo». Dirán lo que quieran los Quijotes, nos despreciarán incluso, pero este miedo, este respetuoso temor, no nos turba los sentidos, antes al contrario nos los aclara y nos hace ver las cosas tal como son levantando los ojos hacia el cielo. Además, este temor nos acerca paradójicamente a un verdadero Caballero, a uno que supo luchar y sufrir, no por quimeras sino por la humanidad entera que tanto

necesitaba de su ayuda. En efecto, de Jesucristo está escrito que:

«Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fué escuchado por su reverencial temor» (Hebreos 4:7).

El verdadero valor, mi buen amigo, no se complace en imaginar peligros ni aun en buscarlos; esto sería más bien ser temerario y tentar a Dios. Así se lo dijo Sancho a D. Quijote en la plática que sostuvieron en ocasión del jocoso incidente del molino de los batanes: «Yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, (que vuestra merced bien conoce) que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro».

Incluso la huída es, en ocasiones, un indicio moral de un genuino valor. No otra cosa es lo que se desprende de las recomendaciones que hace San Pablo, el apóstol, a su colaborador Timoteo, cuando le escribe:

«Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe y a sí mismos se atormentan con muchos dolores. Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre» (I Timoteo 6:9-11).

En D. Quijote hallamos, empero, un valor que

no tiene trazas de ser noble. Cuando el valor se presenta bajo ciertos aspectos de crueldad y es despiadado para con los que son débiles, ese valor es peor que el miedo. Así aconteció en la plática más arriba mencionada. Sancho, que como nos dice Cervantes, «era naturalmente medroso y de poco ánimo», cuando oyó a su amo que le iba a dejar solo en aquella oscuridad donde «todos los ruidos causaban horror y espanto», comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle: «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura... Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced creyendo valer más y no menos... y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi alma a quien quisiera llevarla». A lo que respondió D. Quijote: «Falte lo que faltare, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero; y así te ruego Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza».

¡Menuda valentía ! Cuántos Quijotes hay aun en el mundo que con el pretexto de que su oficio es «enderezar entuertos y desfacer agravios», pisotean a su vecino, endureciendo sus entrañas a las lágrimas más tiernas y a los más delicados sollozos, y esto lo hacen en el nombre de Dios. Difícil es imaginar tamaña osadía, pero así es, y si nos aprietan mucho, diríamos que esos mismos Quijotes que con

tanta crueldad tratan a su prójimo, pueden llegar a ser excelentes predicadores, como Sancho en una ocasión dijo a su amo, «más bueno era vuestra merced para predicador que para Caballero Andante». Sí, mi buen Sancho, el mismo que blasona de no conmoverse por tus sollozos es el que te endilgó aquel hermoso sermón que tan perplejo te dejó: «Sancho el bueno, vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los injustos y justos».

Si en su servicio anduvieras, mi buen D. Quijote, en vez de ocuparte tanto de «favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos» de fuera, podrías tener cuidado y consolar a los que lloran de tus allegados, pues si bien es cierto lo que en tu sermón dices, también lo es lo que el apóstol San Pablo, seguramente a tu intención y a la de tus secuaces dijo:

«Si alguno no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel» (I Timoteo 5:8).

La historia del molino de los batanes termina mejor de lo que podía suponerse gracias a las buenas mañas y a las ocurrencias de nuestro buen Sancho. Pero, lo que conmueve el alma es ver la nobleza del miedo del buen escudero, especialmente si se le compara con la innoble calidad del valor de su amo. ¡Qué hermoso cuadro nos ofrece Cervantes! En efecto, hallamos una escena digna de figurar en el más inmortal retablo. Así la describe el autor:

«No se enoje vuestra merced señor mío, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose a él puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban».

¡Cuán saludable es el miedo, Sancho! Cómo nos enseñas que, a pesar de los desprecios y las angustias de la vida, el sentirte cerca de tu señor, el aferrarte a él, el no separarte ni un dedo de su protección, es lo que cura el miedo. Confesamos que somos como tú, buen Sancho; como tú y como otros que vivieron en su miedo tu misma experiencia. Somos como aquel Pedro, que habiendo descendido sobre las aguas para ir al encuentro de su Señor, «viendo el viento recio, cobró miedo; y comenzando a sumergirse, se puso a gritar diciendo: Señor sálvame» (Mateo 14:30-31). Somos aún, como aquel patriarca Jacob que, en el camino de vuelta a sus lares, cuando sus mensajeros volvieron de su viaje de inspección y le dijeron que Esaú, su hermano, venía a su encuentro con cuatrocientos hombres, «se atemorizó grandemente y se angustió», hasta que, quedándose solo, «estuvo luchando con él un hombre, el cual viendo que no podía con él, le dió un golpe en la articulación del muslo, y se le relajó el tendón luchando con él». Como resultado de aquella noche de lucha en su angustioso miedo el divino personaje le dijo:

«No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel —que significa Príncipe de Dios—, pues has luchado con Dios y con hombres y has vencido» Génesis 32:25-29).

Quisiera, para terminar, recordar el epílogo de aquella noche de espanto. Nos dice Cervantes que, cuando D. Quijote y Sancho vieron que aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche les había tenido, no era sino el producido por seis toscos mazos de batán, nuestro Hidalgo «enmudeció y pasmóse de arriba abajo», pero a Sancho «se le hincharon los carrillos y la boca de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella».

¡Hermoso fin a tanto miedo, buen Sancho! Lo mismo dice la Sagrada Escritura ocurrirá a aquellos que en su angustia y temores han puesto su confianza en Dios y en los méritos logrados por Cristo en el Calvario. Así lo expresa el inspirado salmista:

«Cuando volvió el Señor a los cautivos
de Sión, fuimos hechos semejantes
al que sueña. De risa nuestra boca
se llenó, y nuestra lengua de cantares.
Entonces se decía en las naciones:
«Hizo Yahveh con éstos cosas grandes».
Cosas grandes hizo Dios con nosotros.
Una alegría magna nos invade.

(Salmo 125:1-3).

VI

LIBERTAD Y ESCLAVITUD

Hay aventuras y aventuras. No estoy proponiendo un juego de palabras, sino simplemente enunciando una verdad que es obvia. Porque una cosa es aventurarse con un rebaño de ovejas, o con unos frailes de San Benito, o aun con unos palurdos arrieros yangüeses, y otra, es entrometerse con la justicia del rey, que priva de libertad a unos ajusticiados. Esto último fué, precisamente, lo que hizo D. Quijote en su encuentro con la cadena de galeotes que, como dice Sancho con una ironía un tanto revestida de temor, «iban a servir al rey en las galeras, de por fuerza».

Enorme como la misma aventura, es el concepto que D. Quijote tiene de la libertad. Para nuestro buen Caballero Andante, que tan libre se siente en sus anchas Castillas, cualquier cadena, cualquier intento de hacer fuerza, aunque provenga del rey, atenta contra la sagrada libertad, patrimonio del hombre. En resumen, para el Hidalgo manchego la libertad se nos presenta en un simple hecho que, sin ambages declara a Sancho diciéndole: «en resolución, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad». Poco le importan a D. Quijote ni las personas, ni los motivos, sino el hecho de la falta de libertad, y así concluye que aquel caso entra en sus obligacio-

nes diciendo a su escudero, «aquí encaja la ejecución de mi oficio; desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables».

Si este concepto de la libertad es una enormidad, no le va a la zaga su conclusión de aquel extraño caso de los galeotes cuando con un humorismo e ironía muy cervantina le fueron declarando cada uno su caso. Pasma, en efecto, el dictamen que D. Quijote emite después de su encuesta. Veámoslo: «De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad». ¡Qué bien encajaría esta filosofía quijotesca en nuestros días! En realidad, puede decirse que es la que impera en algunos medios. Obsérvese que D. Quijote no niega la culpa, al contrario, él reconoce que el castigo tiene una causa fundada, pero... las consecuencias de esas faltas no serán agradables, irán contra la voluntad y serán recibidas de mala gana; cuánto más sencillo, pues, es «hacer borrón y cuenta nueva». Parece un absurdo admitir que, quien así habla es el mismo que se ha propuesto «enderezar entuertos»; diríase más bien, que su tarea es crear un círculo vicioso que consiste en: delito, castigo, libertad; delito, castigo, libertad; delito, etcétera, todo ello girando alrededor de un eje central inadmisible y enteramente falso que el mismo D. Quijote lo expresa así: «Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres».

Tienes razón, buen D. Quijote, pero sólo en parte, porque tu quijotismo te hace ver la libertad donde, en realidad no se halla. Sí, Dios hizo al

hombre libre, y por algún tiempo el hombre gozó de ese sublime don que tan semejante le hizo a su Creador. Pero, olvidas, generoso Hidalgo, que si Dios concedió la libertad al hombre, éste la perdió por su pecado y desobediencia y llegó, por ende, a ser el primer eslabón de esa cadena de galeotes —de esclavos— que «aunque no les da mucho gusto y van de muy mala gana y muy en contra de su voluntad», la forma toda la humanidad, tú y yo, incluidos. Cuando un erudito Caballero alega los privilegios que Dios concedió a la humanidad, si es honesto, no esconderá las faltas del hombre. Otro caballero hubo, cristiano éste, quien sobrándole erudición, no vaciló en confesar:

«¿No sabéis que ofreciéndoos a uno para obedecerle os hacéis esclavos de aquel a quien os sujetáis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia?» (Romanos 6:16).

S. Pablo, pues tal es el Caballero cristiano mencionado, añade a continuación con toda franqueza:

«Porque lo que hago no me lo explico, pues no lo que quiero es lo que obro; antes lo que aborrezco, eso es lo que hago... porque yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero es lo que obro» (Romanos 7:15-19).

Cuánta verdad se encierra, mi buen amigo, en lo que D. Quijote dijo después de la frase que nos ha ocupado: «Allá se lo haya cada uno con su pecado». Desgraciadamente es así. El hombre fué libre y perdió esta libertad; ahora, quiere ser libre pero no lo es porque «debe habérselas con el pecado»; o aún

más claro, como el Divino Maestro dijo:

«En verdad, en verdad os digo que todo el que obra el pecado, esclavo es del pecado» (Juan 8:34).

Volviendo a nuestra historia, nos damos cuenta que el rústico Sancho comprendía mejor que su encumbrado Caballero lo que era la verdadera libertad. Sancho no trata de romper aquellas cadenas pues, no sólo piensa en la Santa Hermandad, sino también en las consecuencias nefastas de la libertad de aquellos galeotes, como efectivamente lo tuvieron que comprobar más tarde en sus propios huesos, amo y escudero. Sin embargo, alguno podría achacar la actitud de Sancho, a su egoísmo y villana condición. No es así, pues por el tenor del relato, muestra un corazón generoso con el viejo galeote de larga y blanca barba que había sido condenado por alcahuete y hechicero. Nos dice Cervantes que, viendo Sancho llorar a aquel hombre de venerable rostro, «túvole tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del seno, y se lo dió de limosna» .

Sí, Sancho, mientras los Quijotes sólo se fijan en las cadenas y las condiciones exteriores tú miras a remediar las penas del corazón, pues sabes que ahí es donde se halla la clave de la verdadera libertad.

Pero donde nos encontramos identificados plenamente con Sancho, en lo concerniente a la libertad, es en el epílogo de la historia de su gobierno de la ínsula de Barataria. Nos cuenta Cervantes que, a raíz de la supuesta invasión de la ínsula por infinitos enemigos, el buen Sancho decidió abandonar su autoridad en la ínsula y recobrar su libertad.

¡Pobre Sancho! ¡Cómo el último incidente de tu mandato es un símbolo de la esclavitud en que te hallabas sumido! Emparedado entre dos paveses,

sin poder siquiera doblar las rodillas ni menear un solo paso, yendo a dar por fin en el suelo; maltratado, pisoteado, he aquí, buen hermano, en donde acaba a menudo la libertad mal usada, la dirigida por la soberbia y ambición.

Cómo no conmoverse, mi buen amigo, cuando vemos a Sancho abandonarlo todo y dirigiéndose prestamente a la caballeriza llegarse a su rucio y abrazándole y dándole un beso de paz en la frente y con lágrimas en los ojos decirle: «Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos».

Permítenos, buen Sancho, seguir tus pasos en busca de la verdadera libertad; deja que al unísono con tu recia voz digamos a la comitiva que nos rodea, sí, a todos esos Quijotes :«Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente».

Sí, amigo, si queremos gozar de la verdadera libertad, hay que remontar a lo antiguo, a aquella obediencia que Dios espera de cada uno de nosotros; aquella obediencia a la verdad, la misma verdad que Cristo nos reveló diciendo:

«Si permaneciereis en mi palabra seréis en verdad discípulos míos, y conoceréis la verdad y la ver-

dad os hará libres... Si, pues, el Hijo os diere libertad, seréis realmente libres» (Juan 8:31-36).

Pero, esta libertad, por paradójico que esto pueda parecer, implica, como el mismo Sancho dijo en su discurso de despedida, «la resurrección de esta muerte presente». Sí, la resurrección a una nueva vida, pero desde la más cruel muerte. Pero, dejemos que uno que se llamaba a sí mismo, esclavo de Cristo, nos aclare por el Espíritu Santo, lo que esta paradoja encierra:

«Con Cristo estoy crucificado y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2:20).

VII

AMOR Y MATRIMONIO

No podía faltar en el Quijote, algún idilio pastoril; con el episodio de la pastora Marcela y la muerte por amores del estudiante-pastor Grisóstomo, Cervantes nos presenta más bien que un idilio, una tragedia. Y es que, en el delicado dominio de este sentimiento pueden hallarse muchos y diversos pareceres. Para algunos, entre ellos Grisóstomo, el estudiante-pastor, el amor debe ser correspondido. Otros hay, como la bella Marcela, para quienes, «lo hermoso siempre es amable; pero, por razón de ser amado por hermoso, no está obligado uno a amar a quien le ama». No erraba la linda pastora en su decir, pues podía ocurrir que, «siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo». Pero dejemos tan intrincada y luctuosa tragedia pastoril y vengamos a los sentimientos más íntimos de D. Quijote y Sancho para tratar de discernir lo que es el verdadero amor.

Aunque mucho se ha hablado del profundo enamoramiento del Ingenioso Hidalgo, lo cierto es, que su pretendido amor más debe buscarse en un esfuerzo de la voluntad que en un delicado sentimiento de su corazón. En efecto, sorprende leer que D. Quijote, «se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse».

¡Triste desdicha la del que busca enamorarse por obligación!

¡Cuántos Quijotes hay aún en nuestros días! Cuántos, por desgracia, cuando llegan a ciertas circunstancias, tratan el delicado asunto del amor como una necesidad que encaje con los libros de caballería, o con las exigencias de la sociedad, que para el caso es lo mismo. No es de extrañar, pues, que tantos matrimonios resulten mal en la actualidad, porque cuando la conveniencia sustituye al amor se está minando el edificio del futuro hogar que, por otra parte descansará sobre una base falsa. De ahí que, de forma tan clara, insista San Pablo en sus recomendaciones de que el matrimonio debe tener por fundamento el amor, cuando escribe:

«Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo... Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán dos en una carne. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla» (Efesios 5: 25-31).

Cuando oímos hablar a D. Quijote acerca del amor, no nos sorprende que toda la leyenda de su enamoramiento sea una simple conveniencia o necesidad. En efecto, cuando en ocasión de su penitencia nuestro Hidalgo Caballero abre su corazón a Sancho, le dice: «Mis amores y los suyos —los de Dulcinea— han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que hace que la quiero más que a la lumbre de mis ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que de estas

cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba». Más adelante aun, cuando, por fin, amo y escudero se deciden visitar a Dulcinea, en el Toboso, le repite D. Quijote a su escudero, «¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?».

¡Pobre enamoramiento el tuyo, buen Hidalgo! Porque, bien estaban los amores platónicos para tiempos cuando, quizás había menos malicia, pero en los nuestros de los cuales San Juan, el Apóstol, nos dice que, «el mundo todo está bajo el maligno» (I Juan 5:19), nos parece una insensatez hablar de enamoramiento de oidas. Porque si bien es cierto que «cuando el amor toma entera posesión del alma ni mira respetos, ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición de la muerte que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores», también es cierto que este amor no puede estar fundado en una quimera, sino más bien en algo real y tangible, de otra forma, es muy fácil que este amor idealista se quede en sus altas esferas mientras el presunto enamorado busque algo menos platónico en las realidades presentes de su alrededor.

Trasladando este asunto a dominios espirituales, hallamos que en sus relaciones con su criatura, el mismo Dios no solamente ha proclamado su amor hacia los hombres, sino que lo ha demostrado con hechos concretos, entre los cuales descuella el hecho, sin par, de encarnar su amor en la persona de

Jesucristo. Así lo expuso el Divino Maestro, cuando dijo:

«Porque tanto amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El, no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Juan 3:16).

Juan, el apóstol del amor, después de una larga experiencia del verdadero amor, resume sus convicciones diciendo:

«En esto se manifestó el amor de Dios hacia nosotros, en que envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por El » (I Juan 4:9).

No sólo hallamos desprovisto de base el enamoramiento de D. Quijote, sino que, además repudiamos el prosaico concepto que tiene del enamoramiento de los demás, a los cuales no comprende, especialmente el hecho de que una mujer pueda enamorarse. Prueba de ello la hallamos en lo que D. Quijote responde a la duquesa que inquiría por saber si la enamorada Altisidora quedaba en gracia del Caballero: «Señora mía —le dice el Hidalgo—, sepa vuestra Señoría que todo el mal de esta doncella nace de la ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua». Pero, por si esto fuera poco, su incomprensión del amor profundo y su desdén por el enamoramiento que no fuera el suyo, lo canta en un romance que reza así en sus primeros versos:

«Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio a las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,

Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias».

Cuánta razón te asiste, buen Sancho, cuando ante tamaña incomprensión de tu amo, del delicado sentir femenino, exclamas: «¡Qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa!». Sí, Sancho, te horroriza ver corazones así, pero los hay, y desde tus tiempos han aumentado no poco, ya que el egoísmo de muchos que se creen caballeros, les hace reducir sus miras a su propio amor que creen es el único en el mundo. Bien lo decía aquel insigne apóstol que amó a los propios como a los extraños, cuando escribió:

«Has de saber que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles, porque habrán hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes...» (II Timoteo 3:1-3).

Si se compara el reposado amor de Sancho, con el enamoramiento de su amo, éste último nos aparece como un fuego fatuo. No es que le falten imaginación y requiebros al rudo escudero, pues claramente nos dice que, mientras está cavando se acuerda no poco de su Teresa Panza «a quien quiere más que a las pestañas de sus ojos». El amor de Sancho es un amor sencillo, como el de la mayoría de los españoles; un amor que, a pesar de que en tierras foráneas lo han querido desfigurar con guitarras y manolas, se ríe de las quimeras de los Quijotes, personificando ese amor platónico en «un rapaz ceguezuelo, que está lagañoso».

Sí, mi buen amigo, para Sancho el amor no es sentimiento que se pierde en las nubes de la fanta-

sía, sino algo real y práctico a la vez. «Mientras cavo pienso en mi Teresa»; he aquí su filosofía del amor. Pero no vaya a creerse que empieza y termina ahí. El sencillo, pero grande corazón de Sancho sabe dar lugar entre sus afectos, aun a su querido rucio. Conmueven, en efecto, las muestras de dolor de Sancho al no hallar su jumento que, aquel ingrato Ginés de Pasamonte le había hurtado: «¡Oh hijo de mis entrañas —gemía Sancho—, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos y regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona...!». Al unísono de este generoso corazón de nuestro buen escudero, latía el de su mujer Teresa. Cervantes nos relata que, en ocasión de la vuelta de Sancho a su lugar, «lo primero que su esposa le preguntó fué si venía bueno el asno». ¡Hermoso hogar donde no se usan demasiados melindres, y en donde se tiene por «cosa de risa el que los enamorados mueran de amor»!. Aunque no se usen demasiados requiebros entre esposos, no faltan las palabras de cariño, quizás expresadas con rudeza, pero de profundo contenido. En la respuesta de Teresa Pancha a la carta de su esposo, le jura a «su Sancho de su alma que, cuando recibió sus noticias, le faltaron dos dedos para volverse loca de contento»; pero es después de haber pasado en revista los dimes y diretes del lugar, que termina expresando su amor en forma tan práctica y singular, como la que sigue: «Y con esto, Dios te me guarde más años que a mí, o tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo».

Bien haces, buena Teresa, de así guardar a tu marido, pues él te ama de un verdadero amor y no

cesará, como te decía en su carta, hasta que «por una vía o por otra, tu seas rica de buena ventura». Sí, buena mujer, a pesar de lo que te ha parecido «siglos de separación», él te traerá la saboyana con la que has soñado y los zapaticos para vuestros niños. Descuida, Teresa, que tu marido aunque no es capaz de escribir poemas de amor, sí sabrá con su gracejo, «contarte maravillas y traerte a tí y a tus pequeños —a los vuestros— los dineros ganados por su industria y sin daño de nadie», todo ello, créelo, como prueba de su amor.

La última escena de la familia Panza es muy aleccionadora. La transcribimos a continuación, por lo que tiene de dulce y patético a la vez pues se alude en ella a D. Quijote: «Asiéndole, Sanchica, de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron a su casa, dejando a D. Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller». A la hora de la verdad, los enamorados de quimeras ven esfumarse su Dulcinea y se quedan solos... o quizás rodeados de amigos.

Pluguiese al cielo, mi buen amigo, que dejándonos de fantasías, princesas y Dulcineas, supiéramos andar, así juntitos con nuestra Teresa y nuestros Sanchicos y Marisanchas, pero hacerlo como San Pedro nos indica, escribiendo:

«Vosotros maridos, tratadlas —a vuestras mujeres— con discreción, como a vaso más frágil, dándoles el debido honor, como a coherederas también de la gracia de la vida, para que no hallen estorbo vuestras oraciones. En fin, sed todos de un mismo sentir, compasivos, fraternales, misericordiosos, humildes...» (I Pedro 3:7-8).

VIII

AGÜEROS Y ENCANTAMIENTOS

Para Sancho Panza, cualquier suceso era una aventura, y así, cuando camino de Zaragoza se encontraron él y D. Quijote con unos labradores que llevaban cuatro imágenes de relieve representando, San Jorge, San Martín, Santiago y San Pablo, tuvo este episodio por una de las aventuras «más suaves y dulces que en todo el discurso de su peregrinación les habían sucedido».

No entraremos en detalle de lo ocurrido en aquella ocasión, ni de las sabias observaciones que sobre alguno de esos santos hizo D. Quijote; lo que sí quisiéramos traer a colación es algo que menudea en las páginas del Quijote: los buenos o malos agüeros, y los diversos encantamientos.

Después que los labradores hubieron satisfecho la curiosidad de nuestro buen Hidalgo, éste revela lo que este encuentro y la visión de las imágenes había producido en su alma, expresándolo en estos términos: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas». Es interesante observar, como en su desvarío, D. Quijote mezcla lo divino a lo humano y saca unas conclusiones que nada tienen que ver, ni con lo uno ni con lo otro, atribuyéndolas al azar. Esta confusión de lo divino y humano, la hallamos

en otras ocasiones, pero con unos caracteres aun más graves, si cabe. Así se lo dijo, en interesante plática, el gentil hombre Vivaldo a D. Quijote: «Una cosa entre muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometerla se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas con tanta gana y devoción como si ellas fueran sus dios; cosa que me parece que huele algo a gentilidad».

Buenas razones tenía el señor Vivaldo de expresarse así, pues bastarán dos o tres ejemplos, para mostrar que la religión y la superstición, formaban un todo en la confusa mente de nuestro buen Hidalgo.

Se recordará, que en ocasión de la aventura de los batanes, D. Quijote, antes de lanzarse al asalto de lo que él creía era algo terrible, y llegándose poco a poco a los molinos, nos dice Cervantes que, «se encomendó de todo su corazón a su señora suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese y... de camino se encomendaba también a Dios que no le olvidase».

¡A fe mía, que es singular esta forma de obrar! Encomendarse a su señora, pero, por si acaso, hacerlo también a Dios. Lo mismo vemos en la fórmula del precioso bálsamo de Fierabrás; el romero, el vino, la sal y el aceite cocidos, y mezclados con «más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos acompañados de una cruz a cada palabra, a modo de bendición», produjeron un me-

junje que, por poco, acaba la vida de su pobre escudero.

¡Cuántos Quijotes hay en nuestros días! Cuántos, en efecto, que como nuestro Caballero de la Mancha, mezclan lo divino con lo humano, la verdadera religión con los agüeros más absurdos, los mejunjes más extravagantes con la gracia de Dios que resulta de las plegarias y oración. Cuántos, aunque se precien de religiosos y amantes de la verdad, viven siempre, como D. Quijote, «entre una caterva de encantadores, que mudan y truecan todas nuestras cosas, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos». Para convencerse de ello, sólo basta mirar a nuestro alrededor y darnos cuenta de la influencia que sobre la gente tienen los horóscopos, las buenaventuras y otras predicciones y supersticiones.

A Dios gracias, que entre tantos agüeros y supersticiones que huelen a gentilidad, hallamos a los que, como Sancho, no se dejan arrastrar por los fantasmas, gentes de otro mundo y moros encantados que los Quijotes hallan en cada rincón. Rezuma sensatez, en efecto, el intento de Sancho Panza de disuadir a su amo del mal agüero que veía, en unas simples palabras de dos muchachos que se disputaban por una jaula de grillos. Después de haber demostrado a D. Quijote con que facilidad se rompen y desbaratan los malos agüeros, Sancho le habla así: «No es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aún vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros».

Quizás, a algún buen amigo, le parecerán demasiado duras tales frases, sobre todo, por salir de labios de un rudo labriego, pero en ellas se encierra una gran verdad que concuerda con las declaraciones de las Santas Escrituras. Ya el apóstol San Pablo recomendaba a su colaborador Timoteo que, «no prestase atención a las fábulas profanas y propias de viejas, y que las evitase» (I Timoteo 1:4; 4:7). Pero, fué San Pedro, quien determinó la nulidad de las supersticiones y fábulas en relación con la verdadera religión, escribiendo lo siguiente:

«Porque no fué siguiendo artificiosas fábulas como os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad» (II Pedro 1:16).

Sí, Sancho no se resignaba a admitir todas aquellas fábulas de fantasmas y encantadores, creyendo que las supersticiones eran tonterías y niñerías, impropias no sólo de cristianos, sino de personas discretas. Pero, en esto nuestro buen y simple escudero se quedó corto, pues las Santas Escrituras condenan con severidad estos intentos de mezclar lo sagrado con lo profano, lo divino y luminoso con las maquinaciones del reino de las tinieblas. Según lo que Dios nos enseña en su Palabra santa, los agüeros, hechicerías, encantamientos y cosas semejantes no son, en ocasiones, niñerías y mucho menos tonterías, sino tenebrosas realidades de las que pueden valerse las potencias espirituales malignas para desviar los afectos humanos de Dios y encauzarlos por caminos que desembocan en la muerte espiritual. Para demostrar nuestro aserto, bastará citar lo que

en la ley y en los profetas está escrito acerca de este asunto:

«Cuando hayas entrado en la tierra que Yavé, tu Dios, te da, no imites las abominaciones de esas naciones, y no haya en medio de tí quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a hechicerías y encantamientos; ni quien consulte a encantadores, ni a espíritus, ni a adivinos, ni pregunte a los muertos. Es abominación ante Yavé cualquiera que esto hace... Esas gentes que vas a desposeer consultan a hechiceros y adivinos, pero a ti nada de eso te permite Yavé, tu Dios» (Deuteronomio 18:9-14).

Alguno, sin embargo, podrá alegar que esta terminante declaración de la ley, tiene que ver más bien, con la magia y sangrientas hechicerías que abundaban en aquellos tiempos en Canaán, que con unos inofensivos agüeros y horóscopos como los que en la actualidad se estilan. Podríamos engañarnos pensando así, pues las adivinaciones, agüeros y horóscopos ocupan un lugar más importante en la vida cotidiana de la gente, que lo que se supone. El mismo Cervantes nos dice con no poca ironía lo que ya ocurría generalmente en sus días: «derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele a él la melancolía por el corazón, como si estuviese la naturaleza a dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas y vuélvese a su casa».

Más grave, quizás, que el lugar que la gente da

a toda clase de supersticiones y agüeros en su vida, es el poder que les atribuye, sea para proporcionarle toda clase de venturas, sea para librarle de desgracias y peligros. Así también ocurría en tiempos del profeta Isaías, quien como vocero de Dios fustiga al pueblo de Israel, diciendo:

«Ambas cosas te vendrán de repente, en un mismo día: la falta de hijos y la viudez te abrumarán a un tiempo, a pesar de tus numerosos agüeros y de tus muchos encantamientos. Tú estabas fiada en tu maldad y te decías: No me ve nadie. Tu sabiduría y tu ciencia te engañaron, y te decías en tu corazón: Yo y no más que yo. Pero va a caer sobre ti un mal que no podrás conjurar, y te abrumará una ruina que no podrás remediar; caerá de repente sobre ti, sin que preveas sus golpes. Acude ahora a tus encantamientos, a las muchas hechicerías con que te fatigas desde la niñez. Quizá puedan servirte, quizá puedan hacerte terrible. ¿Estás cansada de tanto consultar? Que vengan ahora, que te salven, los que hacen la carta del cielo y observan las estrellas, y hacen la cuenta de los meses, de lo que ha de venir sobre ti. Helos ahí como briznas de paja, que serán consumidas por el fuego» (Isaías 47:9-14).

¡Ojalá!, mi buen amigo, nos decidiéramos a dejar todo ese lastre de supersticiones, agüeros y buenas y malas venturas, para poner toda nuestra fe en Cristo, estando ciertos de que nuestro presente y futuro deben ser regidos por El, como San Pedro escribe:

«Echando sobre El todos vuestros cuidados, puesto que El cuida de vosotros». (I Pedro 5:7).

IX

LA VERDADERA HERMOSURA

Una de las primeras y más dolorosas aventuras de D. Quijote, tuvo su origen en la obcecada pretensión de nuestro Hidalgo manchego, de que todo el mundo confesara la hermosura sin par de su Dulcinea. Se recordará que D. Quijote, después de pasar una encrucijada de caminos, descubrió a seis mercaderes toledanos, con cuatro criados y tres mozos de mulas. Se le antojó que tratábase de un grupo de caballeros andantes con los cuales quiso entrar en desigual combate si no admitían la supremacía de la hermosura de la que él llamó «emperatriz de la Mancha».

La indiscreción y no velada burla de uno de los mercaderes pudo haberles costado caro. Sin embargo, no parece que la petición que hicieron a D. Quijote, con el fin de acceder a su petición, encerrase despropósito alguno. «Mostradnos a tan bella doncella —dijeron—, que si ella fuere de tanta hermosura como significais de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida». No se avino a razones nuestro enamorado Caballero Andante, pues reclamaba una fe ciega y universal en la hermosura de su sin par Dulcinea. No consideraremos el delicado asunto de saber quien de las dos partes tenía razón, pero sí creemos que, al menos, D. Quijote podía haberles

«mostrado algún retrato de su señora, aunque fuera tamaño como un grano de trigo».

Porque, lo cierto, es que no todo el mundo tiene la misma opinión de la hermosura, y aun ésta, puede considerarse de diversas maneras; D. Quijote, hablando de sí mismo, advierte a Sancho en ocasión del enamoramiento de Altisidora, que hay dos maneras de hermosura: «una del alma y otra del cuerpo. La del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor, con ímpetu y con ventajas». Dejemos, sin embargo, la hermosura varonil y limitémonos a la hermosura femenina, la que corresponde con la Dulcinea de nuestra historia.

Nadie puede dudar, leyendo la descripción de la hermosura de su «dulce enemiga» —como él la llama—, que D. Quijote, o exagera sus atributos de belleza, o que su amor, aunque parezca una paradoja, es ciego y visionario a la vez. Pero, permitamos que el enamorado, en inspiradas notas, nos presente los atributos y gracias de su amada: «Sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve».

Tal fué la impresión que el retrato de su señora Dulcinea produjo en Sancho que, dejándose contagiar por el éxtasis de D. Quijote, «pensaba que cuanto su amo decía era verdad... dudando algo, porque nunca tal nombre ni tal princesa había lle-

gado jamás a su noticia, aunque vivía cerca del Toboso». No pasará, sin embargo, mucho tiempo que este contagio de enamorado ceda su lugar a la realidad, tanto más cruda, cuanto más distinta a los sueños del enamorado. Así, cuando en fin, Sancho conoce la verdadera identidad de Dulcinea del Toboso, que no es otra que la forzuda Aldonza Lorenzo, nos presenta un retrato muy distinto al que el enamorado Caballero Andante había descrito con tan brillantes tonos. Lo peor, en suma, no es que nos enteremos del bozarrón de tan amada y deseada señora, ni aun de que es «una moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho», sino que sus cualidades morales no concuerdan con el retrato ideal que su rendido Caballero había hecho de sus gracias. En efecto, Sancho, con mucha socarronería, añade que, «lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire».

¡Pobre D. Quijote! ¡Un rústico labriego debe plegar las alas de tu inspirado amor para que te des cuenta de que lo que permanece es la hermosura del alma, como tú mismo sabes, aunque no lo admites en el caso de tu Dulcinea! Así también lo declaraba el insigne Fray Luis de León en su exposición sobre la mujer de valor, de los Proverbios de Salomón: «Pone la hermosura de la buena mujer no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma las cuales todas se comprehenden en la Escritura en esto que llamamos temor a Dios» (La Perfecta Casada cap. XX).

Si se reflexiona en el asunto de la hermosura, puede observarse que no siempre es algo a desear, especialmente cuando ésta es mal interpretada o se

emplea para malos fines. Incluso en el caso cuando a una hermosura exterior corresponde una belleza moral, como en el caso de la pastora Marcela, las consecuencias de una extraordinaria belleza, no siempre son halagüeñas. De algunos pasajes del discurso de Marcela, podemos inferir la zozobra de su alma al ver que se le atribuía, sin razón, la muerte de Grisóstomo, el estudiante pastor. Las palabras de la bella pastora serán la mejor prueba de que la hermosura no siempre es causa de ventura y felicidad, antes al contrario: «Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis que esté yo obligada a amaros... Si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habrían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso... Habéis de considerar —prosigue la pastora—, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedirla ni escogerla. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta, es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y virtudes son adornos del alma, sin las cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no debe parecer hermoso».

Sí, no hay duda que Marcela está en lo cierto,

sobre todo, en su última frase, pues el mejor adorno de la mujer no es la hermosura de su cuerpo, sino la honra y virtudes con que se atavía. Hallamos una poética descripción de esta clase de mujer honesta, en la dedicatoria que Fray Luis de León, en su libro antes mencionado, dirige a Doña María Varela Osorio. Así escribe el insigne poeta: «Y como la luna llena en las noches serenas se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian, así la buena en su casa reina y resplandece y convierte a sí juntamente los ojos y los corazones de todos».

Pero, si es cierto que estos pensamientos de pastoras y místicos tienen su valor, mucho más lo tiene lo que Dios declara sobre este asunto en las Sagradas Escrituras. En el santo libro de Dios, no se alaba la hermosura exterior, porque es algo demasiado fugaz y, por ende, indigno de alabanza; por el contrario, se afirma la vanidad de ella en el siguiente proverbio:

«Falaz es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Yahveh, ésa ha de ser loada» (Proverbios 31:30).

Los apóstoles tuvieron buen cuidado en dejarnos claramente expuesto lo que ellos entendían ser la verdadera hermosura de la mujer cristiana. Nos hablan de la conducta y atavío de las mujeres que habían sido llamadas, con su intachable proceder, a ganar a otros al cristianismo. Antes de citar algunas declaraciones apostólicas sobre la hermosura verdadera, quisiéramos salir al paso de los que erróneamente confunden la mujer cristiana con una mojigata. Ya Fray Luis de León en la dedicatoria anteriormente citada dice, «no le place, a Cristo, que la casada se olvide del oficio de su casa y se torne monja». Pero, volvamos al pensamiento apostólico:

San Pablo, en sus instrucciones para las jóvenes casadas, escribe:

«Que enseñen a las jóvenes a amar a sus maridos y a cuidar a sus hijos, a ser prudentes y honestas, hacendosas, bondadosas, dóciles a sus maridos, a fin de que no sea infamada la palabra de Dios» (Tito 2:4-5).

Respecto al atavío que conviene a las mujeres cristianas, les recuerda que la hermosura no estriba en lo exterior, sino en las prendas del alma piadosa. Así escribe el apóstol:

«Que las mujeres se presenten con traje decoroso; que se atavíen con pudor y moderación, que no con trenzas y oro o perlas o vestido suntuoso, sino, cual cumple a mujeres que profesan piedad, con obras buenas» (I Timoteo 2:9).

No quisiéramos terminar, sin antes mencionar lo que San Pedro, el apóstol, escribió respecto a la verdadera hermosura de la mujer cristiana, en la presencia de Dios:

«Vuestro ornato no ha de ser el exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro, o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto en el corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; ésa es la hermosura en la presencia de Dios. Así es como en otro tiempo se adornaban las santas mujeres que esperaban a Dios, obedientes a sus maridos». (I Pedro 3:3-5).

X

AGRADECIMIENTO O INGRATITUD

Entre las aventuras más originales de D. Quijote y Sancho Panza, se cuenta la de la nueva Arcadia que les ocurrió en su camino a Zaragoza. Nuestro enamoradizo Caballero Andante debía algún día caer en una red, y cayó, por fin, en la tendida por dos hermosísimas pastoras. Aquellas redes de hilo verde, en las cuales quedó enredado D. Quijote, reavivaron de nuevo en él las sospechas de que los encantadores le estaban persiguiendo para vengarse del desdén que había hecho a Altisidora. Pronto se desvanecieron estas negras ideas, ante la presencia de dos zagalas de quince a dieciocho años que de improviso salieron de entre unos árboles, para confesar a D. Quijote que la noche anterior habían tendido aquellas redes, «para engañar a los simples pajarillos».

¡Pobre D. Quijote! Después de tantas y tan cruentas aventuras, al final de su carrera se ve prendido en las redes de unas zagalas, que las habían tendido «para su pasatiempo». La aventura no tuvo graves consecuencias, debido, sin duda, a la hermosura de las pretendidas pastoras, pues bien sabido es, la flaqueza de nuestro buen Caballero ante la belleza femenina.

Sin embargo, el incidente de las redes y el festín que le siguió, suscitaron nobles sentimientos en D. Quijote, quien, como broche de oro a tanta hospi-

talidad, belleza y cortesía, pronunció una de sus inspiradas alocuciones, haciendo especial énfasis en el pecado del desagradecimiento. Ya anteriormente y ante el ruego de las dos hermosas zagalas, había declarado, «la profesión mía no es otra sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente». Pero, pecaríamos nosotros mismos de ingratos, si no reprodujéramos el pasaje más sobresaliente del discurso de D. Quijote sobre el pecado del desagradecimiento. Así empieza: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón».

Es obvio, que estamos de acuerdo con esta declaración de D. Quijote. Leyendo su historia, podemos observar que nuestro buen Caballero manchego, queriendo muchas veces sembrar bienes, recogió ingratitud. Recuérdese por ejemplo, el incidente de los galeotes, los cuales después de recibir su libertad por la directa intervención de D. Quijote, se vuelven luego contra él, déjándole maltrecho a pedradas. Aun el villano Ginés de Pasamonte, ayudado especialmente por Sancho Panza a libertarse de las cadenas, no sólo se contenta con apedrear a amo y escudero, sino que le roba el jumento a éste último. Otro ejemplo de desagradecimiento nos lo da Andrés, el pastorcillo de quince años, a quien D. Quijote se empeñó en librar de los azotes de su dueño. Más que las piedras de los galeotes, le dole-

rían a D. Quijote las ingratas expresiones de aquel muchacho quien ante todos, le dijo: «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga». Con cuanta razón, pues, podía D. Quijote decir a los galeotes, «uno de los pecados que más a Dios ofende, es la ingratitud».

Aunque convenimos con los propósitos y razones de D. Quijote, hay un punto en el que no estamos completamente de acuerdo. Cierto, no puede excusarse la ingratitud, pero tampoco puede admitirse que se haga el bien con el fin de promover la gratitud y beneficiarse de ella. Pese, pues, a sus buenas arengas, D. Quijote, con su actitud desvirtúa el genuino agradecimiento. Hallamos la prueba de ello, en su pretensión de que los galeotes, «en pago del beneficio recibido», fueran «cargados de la cadena que les había quitado de sus cuellos» hasta la ciudad del Toboso para presentarse a su señora Dulcinea. No es del mismo parecer Sancho, al contrario, en una ocasión hallamos en sus labios una declaración tan sabia, que aplicada al agradecimiento nos muestra la verdadera actitud que debe tomarse. Pero, veamos lo que Sancho dice: «He oído predicar que se ha de amar a nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena».

¡Cuánta razón tienes, buen Sancho! Como un eco de esta frase, surge del alma española aquel soneto que reza así:

No me mueve, mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido,
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que, aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Pero aún más clara y expresiva que esta poesía, es la enseñanza del Divino Maestro, quien dijo:

«Si hacéis bien a los que os lo hacen, ¿qué gracia tendréis? También los pecadores hacen lo mismo. Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué gracia tendréis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos igual favor. Pero amad a vuestros enemigos y prestad sin esperanza de remuneración y será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo» (Lucas 6: 33-35).

Si volvemos al asunto de la ingratitud, podemos darnos cuenta de que, en nuestros días es algo muy corriente. No en balde San Pablo nos anunció, «que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíles, porque habrá hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes, rebeldes a los padres, ingratos...» (II Timoeo 3:1-2). No queremos, sin

embargo, decir que esta actitud del hombre hacia sus semejantes y hacia Dios, sea algo nuevo; la Sagrada Escritura nos revela que, precisamente la ingratitud está a la raíz de la mayor parte de los males que sufre la humanidad. En efecto, el hombre se hubiera podido evitar muchas miserias y desgracias si tan sólo, aceptando y conservando la luz que su Creador le había impartido, hubiera mostrado su agradecimiento a Dios. El apóstol San Pablo trata extensamente de este asunto demostrando que la corrupción moral actual no es sino la consecuencia de aquella ingrata actitud del hombre hacia Dios, su Creador. Así escribe el santo apóstol:

«De manera que son inexcusables —se refiere a los hombres—, por cuanto, conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria del Dios incorruptible, por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles». (Romanos 1:21-23).

En los Santos Evangelios hallamos, quizás, la ilustración más elocuente de esta verdad teológica expuesta por San Pablo. Se trata de un milagro en masa, por así decir, el cual nos es contado únicamente por San Lucas, el evangelista. Jesús pasaba, a la sazón, entre los confines de Samaria y Galilea; sabida es la enemistad y desprecio que los judíos sentían por los samaritanos. Al entrar el Divino Maestro en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales manteniéndose a distancia, según los usos de la época, le rogaron que se compadeciese de ellos. Por sola respuesta, nos cuenta

Lucas, que el Señor les dijo que fuesen a mostrarse a los sacerdotes, tal como la Ley exigía hicieran todos los leprosos que querían ser declarados legalmente limpios. El milagro en masa se produjo en el camino, pues los diez fueron limpios de su lepra. Lucas, el evangelista, menciona el detalle de que sólo uno de los leprosos sanados, un samaritano, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces y «cayendo sobre su rostro a los pies de Jesús, le dió gracias».

La sorpresa que denotan las palabras de Jesús ante esta actitud de agradecimiento de aquel otro «buen samaritano», muestra hasta que punto Jesucristo valora la gratitud de los hombres:

«¿No quedaron limpios los diez? —dice el Maestro—. Y los otros ¿dónde están? ¿No se hallaron quienes volviesen a dar gloria a Dios, sino ese extranjero? Y le dijo: Levántate y vete; tu fe te ha salvado». (Lucas 17:17-19).

Algunos Caballeros Andantes, nos tendrán por samaritanos, pero, ¡ojalá! fuéramos como éste y el otro buen samaritano de la parábola, para que ante el sacrificio consumado por Cristo en el Calvario a nuestro favor, podamos decir con gratitud:

«Gracias a Dios por su inefable don» (II Corintions 9:15).

XI

CONOCETE A TI MISMO

Por fin, Sancho Panza, iba a cumplir su tan anhelado deseo de gobernar una ínsula. Esto implicaba, sin embargo, la triste separación de los que fueron, por meses, compañeros de aventuras. No podía faltar en D. Quijote, el señorial acto de hacer partícipe de su hidalga experiencia a su escudero, quien, según él mismo dice, «era, sin duda alguna, un porro».

No siempre iba a desbarrar, nuestro Caballero Andante, y así en tal seria ocasión insta a su escudero a que esté atento al Catón que le ofrece para que sea «su norte y guía que le encamine y saque a seguro puerto del proceloso mar donde iba a engolfarse». Mucha sabiduría se encierra en los consejos de D. Quijote, y no hay duda que tan prudentes recomendaciones ahondan sus raíces hasta los propios proverbios de Salomón, donde está escrito que, «el principio de la sabiduría es el temor de Yavé» (Proverbios 1:7). Pero, veamos el pasaje principal del Catón que para un buen gobierno, nos ofrece D. Quijote: «Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá

el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey».

Mucho podría decirse del primer consejo, el de temer a Dios con ese temor reverente y lleno de amor, en el cual estriba la verdadera sabiduría; pero quisiéramos más bien referirnos a la segunda recomendación de D. Quijote, pues en ella se encierra, tanto una bendición llena de óptimos privilegios, como un peligro del que pueden derivarse muy tristes consecuencias, como a la que alude el Hidalgo manchego con su imagen de la rana que quiso ser igual que el buey. Sin necesidad de buscar otros ejemplos, nos bastarán las palabras de D. Quijote y Sancho para demostrar que, en efecto, el arte de conocerse a sí mismo, es el «más difícil conocimiento que puede imaginarse».

El primer obstáculo con que se tropieza para lograr un verdadero conocimiento de sí mismo, es la opinión que los demás tienen de nosotros, opinión que, por desgracia, no pocas veces nos la creemos y dejamos que influya en nuestro propio parecer, sobre todo, si es buena. D. Quijote, como la mayoría, a pesar de sus buenos consejos, también gustaba conocer la opinión de los demás sobre su persona. Cuando la inquiere de su escudero, éste le responde: «Hay diferentes opiniones; unos dicen: loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuesa merced ni a mí nos dejan hueso sano». A pesar de lo halagador que resulta, en ocasiones, el oír las opiniones de los demás, razón tenía el buen Sancho, con lo de que «no nos dejan hueso sano», y es quizá lo mismo, pero en forma más pulida, que D.

Quijote le dijo al bachiller Sansón Carrasco: «Porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predican». Difícil es, pues, por no decir peligroso, el atender a las opiniones de los demás, pues nos podría ocurrir como le sucedió a D. Quijote, que algún eclesiástico nos llamase, «D. Tonto». Lo más sensato será prestar atención, aunque con reservas, a los dimes y diretes de la gente, pero solo según de quien vinieren. Así lo expresó nuestro Hidalgo manchego en su réplica al eclesiástico, diciendo: «Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite».

Si la opinión del prójimo no nos sirve de ayuda para un verdadero conocimiento de nosotros mismos, de poca ayuda nos es nuestro propio juicio. Es más, hallaremos, como D. Quijote que, en vez de un sólo concepto de nosotros mismos, nos hemos formado dos o más, con lo que terminaremos, como le ocurrió al buen Hidalgo manchego, no sabiendo realmente quienes somos. En efecto, en nuestras vidas hallaremos más de una paradoja, como las descubrimos en la de D. Quijote, a través de sus declaraciones. Podremos en alguna ocasión creer con él que, «hemos nacido para resucitar la edad dorada», y aunque nos hayan metido en una jaula, como a él le metieron, podremos decir, «Caballero Andante soy... de aquellos que a despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, han de poner su

nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos».

Podemos, incluso, llegar a tener una opinión tan alta de nosotros mismos, que digamos como D. Quijote en la aventura de los yangüeses, «yo valgo por ciento», o exagerar nuestras pretensiones hasta proclamar que, «somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta su justicia». Esta última pretensión, nos recuerda la de otro caballero cristiano, quien habiendo buscado también conocerse a sí mismo y a Dios, reconociendo su antiguo error, exclamó:

«Yo me creí en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno y lo hice en Jerusalén, donde encarcelé a muchos santos, con poder que para ello tenía de los principales de los sacerdotes, y cuando eran muertos, yo daba mi voto. Muchas veces por todas las sinagogas los obligaba a blasfemar a fuerza de castigos, y loco de furor contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extrañas» (Hechos de los Apóstoles 26:9).

Sí, mi buen amigo, a veces, como San Pablo, se cree uno lo que no es, y hace lo que no debiera. Podemos, en nuestra obcecación, pretender haber logrado el conocimiento de nosotros mismos, cuando en realidad somos como la rana de la fábula que está tratando, por medios artificiales, de hincharse para igualarse al buey. ¡Cuán triste es, en nuestros días ver tantos Quijotes! Tantos, que pavoneándose, dicen como D. Quijote le dijo a su vecino Pedro Alonso: «Yo sé quien soy, y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama».

¡Pobre D. Quijote! Yo sé, yo sé, todo lo sabes;

ésto y más crees que eres tú, y al cabo de pocos días, confesarás en las entrañas de la Sierra Morena a tu escudero, «loco soy, loco he de ser de lloros y sentimientos», y para que Sancho no tenga la menor duda de ello, te darás «dos zapatetas en el aire, dejando ver cosas que la honestidad no permite ver». ¡Quién te comprende a tí, buen Hidalgo, y quién nos comprende a nosotros mismos! Cómo, en nuestras contradicciones, nos identificamos con San Pablo, el caballero cristiano mencionado, cuando, después que la luz de Cristo le iluminó, nos abre su corazón para mostrarnos el conflicto de su alma, escribiendo:

«Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no» (Romanos 7:18).

Cierto es, que no todos tienen la sinceridad de confesar el conflicto de su alma, y mucho menos revelar la desnuda realidad de su incapacidad moral y espiritual, pero no hay duda que tal descubrimiento, está a la base de la eterna bendición del alma, pues si el hombre se coloca ante Dios en otra actitud que no sea ésta, no logrará más que engañarse a sí mismo y recogerá, por ende, los frutos de su culpable conducta.

En Sancho Panza, hallamos el personaje que encarna al hombre que rehuye la angustia de querer conocerse a sí mismo. En el episodio del enjaulamiento de D. Quijote, nos descubre Sancho el sentir de su alma, que tememos, sea el de la mayoría de la gente: «No sé esas filosofías — dice Sancho —, mas sólo sé que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento, y en estando uno contento no tiene más que desear».

¡Sí, Sancho, así vamos todos! Cada uno a hacer su gusto, estar contento porque se puede hacer lo que se quiere; en fin, no tener más que desear. Ahora comprendemos, Sancho, el que tú, siendo como eres hombre pacífico y enemigo de querellas, hayas arremetido contra tu amo, le hayas zancadilleado y después de haberle derribado y sujetado en el suelo, havas proclamado tu innoble victoria, exclamando: «No quito rey, ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor». ¡Tu señor! Tú eres, sin duda, tu señor, pero para hacer lo malo. ¡Cuánto nos parecemos a tí, Sancho! Cada uno, señor de sí mismo para derribar y aplastar a los demás. De ahí proviene el caos en que la humanidad vive. Bien nos lo enseñó Santiago, en su epístola, escribiendo:

«¿Y de dónde entre vosotros tantas guerras y contiendas? ¿No es de las pasiones, que luchan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada; os combatís y hacéis la guerra, y no tenéis porque no pedís: pedís y no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones» (Santiago 4:1-3).

No quisiéramos terminar, sin antes citar una frase que pronunció D. Quijote en sus últimos días, la cual le rehabilita, en parte. Después de tanto alardear, debe confesar humildemente: «Yo fuí loco y ya soy cuerdo; fuí D. Quijote de la Mancha, y ahora, como he dicho, Alonso Quijano, el Bueno». ¡Por fín, volviste de tu desvarío, buen Caballero! Y a fe, que a tiempo lo hiciste; te ocurrió como a aquel hijo pródigo de la parábola, que después de tanto disparate, volvió de su desvarío recordando el amor y la abun-

dancia de su casa paterna. Con cuánta razón el Santo Evangelio nos dice de él:

«Volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre, tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros» (Lucas 15:17-19).

Por la parábola, sabemos que no ocurrió como el hijo pródigo pensaba. Un hijo, aunque caído, nunca podría ser un simple jornalero para un Padre que le amaba. Así le ocurrió también a otro pródigo, que se llamó Saulo de Tarso, quien en los días de su vejez, después de haber vuelto a la casa paterna, pudo escribir lo siguiente:

«Palabra es digna de fe y de toda aceptación: que Cristo Jesús, vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por esto alcancé misericordia, para que en mí primero mostrase Cristo Jesús toda su longanimidad, para ejemplo viviente de los que habían de creer en El para la vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, el honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén» (I Timoteo 1:15-17).

XII

FE Y CREDULIDAD

Aunque a D. Quijote y Sancho Panza les acontecieron peligrosas aventuras, Cervantes nos dice que otros sucesos de los que él escribe, podían considerarse como, «burlas que llevaban vislumbres y apariencias de aventuras». Entre estas jocosas burlas hallamos la del viaje a lomos de Clavileño el Alíjero, la famosa cabalgadura de madera con la que el valeroso Pierres robó a la linda Magalona. No podemos entrar en detalles de tan atrevido viaje de cinco mil leguas, que amo y escudero hicieron para llegar a las moradas del gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, con objeto de lograr quitar las barbas de los venerables rostros de las doce dueñas. Quizás lo más interesante, es el epílogo de la historia, cuando con mucha socarronería Sancho Panza empieza a contar los detalles de su extraordinario viaje. Con su descripción de la visión terrestre desde las alturas, Sancho nos aparece como el precursor de los cosmonautas modernos, aunque ciertamente más romántico, pues en vez de informes científicos nuestro buen escudero habla de, «cabrillas, flores y alhelíes». ¡Cuánto más no valdría que los que en nuestros días navegan por el espacio quisieran entretenerse con cosas tan inofensivas como lo hizo el buen Sancho!

Termina el gracioso suceso con algo que, de nuevo, pone nuestros pies en el suelo; algo que nos

lleva a la importante cuestión de la fe. D. Quijote, en efecto, se acerca a Sancho y le dice al oído: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más». ¡Vaya con D. Quijote! Así que, en eso de las visiones y encantamientos también se arregla uno, y puede llegarse a formas de conveniencia y fórmulas de compromiso. Temo, mi buen Caballero Andante, que esta falsa actitud dé paso a la fe de conveniencia. Sancho, al menos, es un villano, y cuando afirma que, «ni miente, ni sueña», debes pensar que tiene sus motivos puramente materiales de alardear de una visión que no ha tenido; sí, él busca el anhelado gobierno de la ínsula; pero tú no, y por esta razón no tienes motivos para engañarnos con tus visiones mentirosas o con tu huera fe.

Ante tales hechos, resulta evidente que la fe de D. Quijote es una mera credulidad. Comprendemos ahora mejor sus sentimientos cuando dice a su escudero, «eso que a tí te parece bacía de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa». Nos damos cuenta de que lo de la hermosura de la sin par Dulcinea del Toboso se asienta también sobre las frágiles bases de una credulidad o imaginación de lo más simple. Así lo expresó el famoso Caballero cuando dijo: «Para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere... Así bástame a mí pensar y

creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta».

¡Cuántos Quijotes hay en el mundo! ¡Cuántos que, blasonando de su fe, están viviendo en el ficticio reino de su imaginación! En su credulidad, no son pocos los que se han autosugestionado creyendo absurdos que sólo existen en su mente. Lo peor del caso es que esta actitud cunde, influenciando a los de alrededor. No vaya a creerse, sin embargo, que esta manera superficial de creer es algo nuevo. Ya en tiempos de los Apóstoles, en aquella iglesia primitiva que con razón se considera como la Iglesia ejemplar, también hubo casos de personajes que, ni comprendieron la fe verdadera, ni se dieron cuenta de que la fe cristiana no es una componenda como la que D. Quijote quiso proponer a Sancho. Nos referimos a Simón, llamado el Mago, un habitante de Samaria quien, como dice San Lucas, el evangelista, «de tiempo atrás venía practicando la magia en la ciudad y maravillando al pueblo de Samaria, diciendo ser él algo grande, y todos del mayor al menor, le seguían y decían: Este es el poder de Dios llamado grande; y se adherían a él, porque durante bastante tiempo los había embaucado con sus magias» (Hechos de los Apóstoles 8:9-11). De este Simón, en ocasión de la predicación de Felipe, el evangelista, se nos dice que, «creyó y fué bautizado», pero viendo las señales y milagros grandes que hacía Felipe, estaba fuera de sí». Tan fuera de sí estaría aquel mago, como nuestro pobre D. Quijote, pues cuando los apóstoles Pedro y Juan llegaron a Samaria, nos dice San Lucas que, «viendo Simón que por la imposición de las manos de los Apóstoles se comunicaba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dad-

me también a mí ese poder de imponer las manos, de modo que se reciba el Espíritu Santo» (Hechos 8: 18-20).

¡Pobre Simón el Mago! ¡Acostumbrado a las falacias de su magia, ni había creído, ni siquiera había comprendido la esencia de la fe cristiana! No tardó San Pedro en mostrarle su funesto error, diciéndole:

«Sea ese tu dinero para perdición tuya, pues has creído que con dinero podía comprarse el don de Dios. No tienes en esto parte ni heredad, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega al Señor que te perdone este mal pensamiento de tu corazón; porque veo que estás lleno de maldad y envuelto en lazos de iniquidad» (Hechos 8:20-23).

Pero, volviendo a nuestra historia, vemos que la actitud de Sancho, es un mero contagio de la de su amo. Y así va el mundo; la credulidad engendra credulidad. Tanto insiste D. Quijote en que los granos de trigo que estaba echando Dulcinea eran «granos de perlas», y en que aquella ruda moza del Toboso era la suma perfección, que no es raro ver a Sancho créerselo a pies juntillas, pero... hasta que le interesa. En efecto, cuando en la farsa de la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino de Micomicón, se le ofrece el reino a D. Quijote, sobre la base de la victoria sobre el gigante Pandafilando, y sus desposorios con tan encumbrada princesa, Sancho se olvida de su antigua fe en la belleza de Dulcinea, y exclama: «¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante... cásese, cásese luego, encomiéndole yo a Satanás, y tome ese reino que se le

viene a las manos de vobis vobis, y en siendo rey hágame marqués o adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo».

Sí, mi buen amigo, parece que como Sancho hacía, también en nuestros días uno puede cambiar de fe —digamos mejor, de creencia— como de camisa. Diríase que lo importante no es la fe, que como hemos dicho, es simplemente credulidad, sino lo que se logra de la fe; en otras palabras, lo esencial es que la fe se materialice en algo terreno, algo tangible. La Santa Escritura nos enseña que, precisamente la fe verdadera tiene unas características completamente contrarias a este sentir egoísta. Hablando de Moisés, uno de los hombres de fe, nos dice textualmente:

«Por fe Moisés, llegado ya a la madurez, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, prefiriendo ser afligido con el pueblo de Dios a disfrutar de las ventajas pasajeras del pecado, teniendo por mayor riqueza que los tesoros de Egipto los vituperios de Cristo, porque ponía los ojos en la remuneración» (Hebreos 11:24-26).

La fe, la verdadera fe, pone sus ojos en el más allá, dándose cuenta de que las ventajas del pecado —si alguna ventaja hay— son temporales. Pero, quizá habrán algunos Sanchos que podrían decir que, eso de poner los ojos en el más allá es demasiado ambiguo. Es posible que lo sea para ellos y para los que no han comprendido la esencia de la fe porque en síntesis como nos dice la Escritura Santa:

«La fe es la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos» (Hebreos 11:1).

Y aun nos atreveríamos a añadir que la fe es la

felicidad de gozar de lo eterno sin verlo; todo lo contrario del disfrute de las ventajas pasajeras del pecado. San Pedro el apóstol supo declarar esta verdad en una de sus epístolas cuando escribe lo siguiente:

«A quien amáis sin haberle visto —se refiere a Jesucristo—, en quien ahora creéis sin verle, y os regocijáis con un gozo inefable y glorioso, recibiendo el fruto de vuestra fe, la salud de las almas» (I Pedro 1:8-9).

Que no nos vengan, pues, con monsergas los Sanchos o los Tomases; que no traten de influenciarnos con su, «si no lo veo, no lo creo», porque estamos seguros que los que así hablan están cavando la fosa de su propia condenación, tal como Jesucristo dijo al rico de la parábola, que desde el infierno rogaba el envío del alguien a su casa para advertirles de su peligro:

«Si no oyen a Moisés y a los Profetas, —es decir, las Sagradas Escrituras en aquellos días— tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita» (Lucas 16:31).

Quisiéramos terminar con una frase del Divino Redentor que puede ser de aliento a los que quieran creer con fe verdadera, con fe salvadora, con fe en El. Dice Cristo:

«Bienaventurados los que no vieron y creyeron» (Juan 20:29).

XIII

GLORIA Y CODICIA

No siempre las aventuras de D. Quijote se debían a su fértil imaginación. En muchas ocasiones buscaba a sabiendas el peligro. Una de éstas, quizás la más temeraria, es la de los leones. Topó nuestro Caballero Andante con un carro en el que se transportaban dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán enviaba a la corte. De nada sirvieron los razonamientos de escudero, carretero e hidalgo, para que D. Quijote desistiera de su empeño de entablar combate tan desigual. Cuando el leonero quiso asustarle alegando el descomunal tamaño de las bestias, D. Quijote, sonriéndose un poco le dijo: «¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones».

El quid de la historia lo hallamos en el crítico momento que el arrogante Caballero Andante desenvainando espada y embrazando escudo exclama ante los leones: «¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso D. Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros!». Esta y otras muchas declaraciones del Hidalgo manchego, nos muestran hasta donde llegó su ambición de gloria. Puede decirse que, desde el primer momento en

que «los sesos se le iban secando», hasta la hora de su partida, resumió las aspiraciones de su vida en una sola cosa: la gloria. Antes de salir de su lugar, nos dice Cervantes que el buen Hidalgo manchego, «imaginábase ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda». Su fatuidad no tiene límites, pues al propio tiempo que «desprecia la hacienda, pero no la honra», nos endilga una presuntuosa arenga en estos términos: «¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro!».

Todos hemos conocido algún Quijote que, a pesar de no haber desempolvado antiguas armas, ha elevado un altar a la diosa Gloria. Los hay, sin embargo, de muchas suertes. Algunos, como nuestro buen Caballero Andante han tratado de poner al mundo por estrado de sus pies. Otros hay, que han limitado su ambición de gloria a un círculo más reducido. Incluso, podrían encontrarse no pocos que codician la gloria —¡efímera gloria!— de los demás, como Jesucristo dijo a los judíos de su tiempo:

«¿Cómo vais a creer vosotros que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede del único Dios?» (Juan 5:44).

Pero, si volvemos a nuestra historia, pronto podremos observar en Sancho Panza, sentimientos contrarios a los de su amo. En efecto, lo que satisface a D. Quijote es la gloria de su nombre, como él dice a D. Diego de Miranda, «el que se hayan impreso 30.000 volúmenes de su historia, y el que llevan camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia». Sancho Panza, en oposición a los sentimientos de su amo, después de haber vivido experiencias harto desagradables en el gobierno de la ínsula Barataria, se da cuenta de que, «el subirse sobre las torres de la ambición y de la soberbia» sólo conduce a desengaños y miserias, y así lo expresa diciendo: «Diez días la goberné a pedir de boca; en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo y salí huyendo de ella». Teresa, su esposa, parece de la misma opinión, pues le dice: «Vivid vos y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salísteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis u os llevarán a la sepultura cuando Dios fuere servido». En resumen, el espejismo de los honores y la gloria no apartan a Sancho y su mujer de la clara visión de las realidades eternas, de aquella otra gloria que permanecerá; así lo expresa el buen escudero diciendo: «Más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno». Esta declaración nos recuerda otra de un insigne apóstol, San Pablo, quien combatido y denigrado por sus enemigos exclamó:

«Cuanto a mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesu-Cristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gálatas 6:14).

Para Sancho, aun las cosas más allegadas a la gloria, como son las posesiones y las riquezas, tuvieron un relativo aliciente después que la vida le enseñó la fatuidad de ellas. Cierto es, que anduvo muchos años suspirando por ellas y considerándolas

lo supremo en su existencia, pero no tardó en despreciarlas habiendo aprendido que «las riquezas que se ganan... son a costa de perder el descanso y el sueño y aun el sustento». Quizá, sin querer, estaba poniendo en práctica con su actitud, lo que siglos antes, San Pablo, el apóstol, había enseñado en una de sus epístolas, diciendo:

«Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe y a sí mismos se atormentan con muchos dolores» (I Timoteo 6:9-10).

Con todo, parece que en Sancho, como tantas veces ocurre en nosotros, se libraba esa angustiosa batalla de lo temporal contra lo eterno. No hay duda, que nuestro buen escudero, curó de grandes pasiones, como la gloria y la ambición de grandes riquezas, pero la codicia estaba siempre al acecho para manifestarse aun en los actos más viles. Una de las ocasiones en que aparece más claramente su codicia, fué en la aventura de su encuentro con el valiente vizcaíno. Se recordará que D. Quijote y Sancho tropezaron en el camino de Sevilla con un pequeño grupo que a nuestro buen Hidalgo se le antojó la comitiva que llevaba forzadas a altas princesas. Entre los personajes de aquel grupo se hallaban dos frailes de la orden de San Benito, uno de los cuales pasó un mal rato al verse acometido por D. Quijote. Aprovechó Sancho esta ocasión, y nos dice Cervantes que «viendo al fraile en el suelo, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él, y le comenzó a quitar los hábitos». Como única respuesta a su baja acción, dijo que, «aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor D. Quijote había ganado».

Algunos considerarán un tanto insensata esta codicia escuderil, pero es que, como el mismo Sancho dice en otro lugar, « la codicia rompe el saco y a mí me ha rasgado mis esperanzas». ¡Cuántos hay como Sancho que, por codicia, son capaces hasta de despojar a un fraile! Y lo curioso es que, tan desaforada conducta puede observarse en individuos que, como Sancho se atreven a decir, «Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano». ¡Cuánta inconsecuente actitud en nuestros tiempos materialistas! Estamos ciertos que si atendiésemos a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, podríamos descubrir la causa de tantos males, así como el remedio para los mismos. Ya Salomón, con inspirada sabiduría dijo a este respecto:

«Hay un trabajoso afán que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su sueño. Piérdense esas riquezas en un mal negocio y a los hijos que engendra no les queda nada en la mano. Como desnudo salió del seno de su madre, desnudo se tornará, yéndose como vino, y nada podrá tomar de sus fatigas para llevárselo consigo» (Eclesiastés 5:12-15).

Disertando sobre lo efímero de las riquezas, y advirtiéndonos contra la codicia, también San Pablo, escribe lo siguiente:

«Gran riqueza es la piedad acompañada de frugalidad. Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. En teniendo con que alimentarnos y con que cubrirnos, estemos con eso contentos» (I Timoteo 6:6-8).

Y por si estas enseñanzas necesitasen un refrendo de insuperable valor, Jesucristo, el Divino Maestro, nos dice:

«Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho no está la vida en la hacienda» (Lucas 12:15).

Concluimos, pues, diciendo a los que buscan gloria que, como está escrito: «el que se gloríe, se gloríe en el Señor» (I Corintios 1:31). Y a los que se dejan deslumbrar por la «seducción de las riquezas», que atiendan al consejo de Jesucristo, quien les dice:

«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen, y donde los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo donde ni la polilla ni el orín los corroen, y donde los ladrones no horadan ni roban. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mateo 6:19-21).

XIV

ENVIDIA Y DEFECTOS

Con paciencia y buenas mañas, el cura y el barbero consiguieron hacer cesar las hazañas de D. Quijote, convenciéndole que estaba encantado y metiéndole en una jaula. No vaya a creerse, sin embargo, que esta humillación sufrida por nuestro Caballero Andante, le cortó las alas de la inspiración, antes al contrario, tomando como rústica cátedra el carro de bueyes, dirige una alocución de despedida a las mujeres de la venta en la que se descubre el íntimo sentir de su alma. La nota sobresaliente de su arenga es algo que, por desgracia, existía en aquellos días y existe aun en abundancia en los nuestros: la envidia. Pero, dejemos que D. Quijote exponga su parecer sobre este veneno del alma: «A los Caballeros de poco nombre y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos: a los valerosos sí; que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir a los buenos». Más adelante, en ocasión de un coloquio con Sancho expresa, quizás con más fuerza, los estragos que ocasiona la envidia, así como su corrosiva naturaleza, exclamando: «¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de

deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias».

También el pobre Sancho, viendo desvanecerse todas sus esperanzas de obtener el anhelado gobierno de una ínsula, atribuyó el enjaulamiento de su amo a la envidia de maese Nicolás y el cura, y así en una explosión de enojo arremetió contra el cura diciéndole sin rodeos: «Sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad».

No hay duda que la envidia es el vicio más diabólico, y el que más corroe el alma. La gula, la pereza, la lujuria y otros vicios traen consigo, como dice Cervantes, un no sé qué de deleite; pero la envidia es como el veneno del alma que la hace inapta para los goces espirituales y que al propio tiempo busca inocular su ponzoña en los demás. Milton, el gran bardo, en su magistral obra «El Paraíso Perdido», nos presenta las funestas consecuencias de la satánica envidia. Viendo el Angel caído la felicidad de nuestros primeros padres en el Edén, se siente impulsado a destruir tanta armonía y buen concierto salido de las generosas manos del Dios creador; su móvil no es otro que la envidia, envidia de ver gozar a otros lo que él deliberadamente perdió con su rebelión. No es de extrañar, pues, que la Sacra Escritura, enseñe que la envidia fué la causa del primer fratricidio que se cometió en nuestro suelo. En efecto, San Juan, el apóstol, escribe:

«Porque éste es el mensaje que desde el principio habéis oído, que nos amemos los unos a los otros.

No como Caín, que, inspirado del maligno, mató a su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas» (I Juan 3:11-12).

Si el primer fratricidio tuvo por causa la envidia, también la tuvo el mayor crimen de la historia. En el relato de la pasión que contienen los Santos Evangelios, se nos dice que aun el pagano gobernador Pilato se dió cuenta de que los príncipes de los sacerdotes del pueblo judío habían entregado a Jesús «por envidia» (Marcos 15:10). La envidia es, pues, la raíz de los fratricidios y aun del deicidio. Con cuanta razón Santiago, en su epístola, achaca a la envidia todo lo que precede al crimen y a las guerras, y aun la angustiosa y miserable situación de nuestro pobre mundo. Así escribe:

«Pero si tenéis en vuestros pechos un corazón lleno de amarga envidia y rencilloso, no os gloriéis ni mintáis contra la verdad... porque donde hay envidia y rencillas, allí hay desenfreno y todo género de males... ¿Y de dónde entre vosotros tantas guerras y contiendas? ¿No es de las pasiones que luchan en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis: matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada» (Santiago 3:14,16; 16:1,2).

La envidia, como otros vicios y malos sentimientos, es prolífica, y entre sus engendros se hallan la calumnia y la difamación. Muy difícil es, para el envidioso, hallar virtudes en los que le rodean, pues si alguna hubiera, le presta torcidos motivos que la convierte en vicio. A este respecto, nos cuenta Cervantes la facilidad con que el envidioso se vuelve en maldiciente o calumniador. Cuando San-

cho Panza, renunciando a sus funciones en la ínsula Barataria, quiso afirmar su buen y honesto gobierno, no tardaron las malas lenguas en imputarle acciones deshonestas e indignas; nuestro ex-gobernador se defendió de las malas lenguas como pudo, pero para su satisfacción recibió este sabio consejo: «No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato».

También Teresa Panza, verdadero portavoz de la sabiduría del terruño, en su coloquio con su marido, le hace ver las calumnias que comporta el que llega a ser un potentado. Así le dice: «Si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y maldecir y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles a montones como enjambres de abejas».

Pero, donde Cervantes se extiende en consideraciones sobre este tema, profundizando sus raíces hasta los grandes personajes de la historia, es en un coloquio entre amo y escudero, de muy sabroso contenido, en el que D. Quijote trata de convencer a Sancho de que el ser calumniado, no pocas veces es indicio de poseer virtudes o renombre. Así se expresa nuestro Caballero Andante: «Mira, Sancho, dijo D. Quijote, dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle... Así que, ¡Oh Sancho! entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho».

Olvidó, sin duda, Cervantes, de que aun a Aquél cuya vida fué un dechado de perfección, la envidia de los religiosos de su tiempo, le colgó el sambenito de «comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Mateo 11:19).

Sin embargo, y aunque no aprobamos en forma alguna las calumnias, creemos que en muchas ocasiones, el que se muestre los defectos de los grandes hombres de la historia no puede considerarse ni como difamación, ni como calumnia, sino como algo muy aleccionador para la humanidad. Es así, que en las Sagradas Escrituras, siempre y en todo punto veraces, Dios tiene cuidado de no esconder los defectos de los grandes siervos suyos, sin duda, con el propósito de probar que, los más piadosos de entre ellos no fueron, sino como se dice de Elías, el profeta, más que, «hombres de igual condición que nosotros» (Santiago 5:17).

Vemos, por ejemplo, un Abraham a quien la Escritura Santa llama, «padre de todos los creyentes» (Romanos 4:11), que, por falta de fe, aconseja a Sara, su esposa, que mienta, diciendo que es su hermana. A Moisés, el gran caudillo de Israel, le

hallamos desobedeciendo a Dios, en un acceso de cólera, en las aguas de Meriba, cuando precisamente se nos dice de él, que «era hombre mansísimo, más que cuantos hubiese sobre la haz de la tierra» (Números 12:3). Se nos habla también, en la Sagrada Escritura, de un David a quien Dios escogió para que reinase sobre su pueblo porque era «según Su corazón» (I Samuel 13:14); pero cuando en su madurez, el rey David cae en pecado, no se esconde ni su falta, ni el castigo que mereció, aunque divulgándolos se manchara la reputación de un rey y de un reinado que tantos días de gloria dió a Israel. Y así desfilan por las páginas del Santo Libro de Dios, patriarcas, profetas y reyes a quienes no se encubren sus pecados, hasta que se llega a los Santos Evangelios, donde tampoco se ocultan las pequeñas o grandes faltas de los Apóstoles de Jesucristo, aunque así haciendo se les rebaje ante nosotros. No se calla, por ejemplo, el escepticismo de un Tomás, ni tampoco se encubre la ambición de Juan y Santiago su hermano, y mucho menos aun, la negación de Pedro, o la traición de Judas, así como el abandono de Jesucristo por todos sus Apóstoles en el momento más crítico.

En conclusión, podemos, pues, decir, que si puede ser aleccionador el saber que los grandes hombres de Dios han tenido sus caídas y defectos, éstos últimos no han sido sacados a la luz por la envidia, sino más bien por la verdad, con el fin de que nosotros que no llegamos a la altura de aquellos siervos de Dios, nos demos cuenta de nuestra incapacidad espiritual y pongamos toda nuestra confianza para salvación en Jesucristo el Redentor, el único que, según está escrito, «no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca» (I Pedro 2:22).

XV

VIDA Y MUERTE

Podría creerse que la huelga del hambre sea un medio moderno de protesta o reivindicación; sin embargo, hace ya siglos que D. Quijote pensaba adoptar una actitud parecida a nuestras actuales huelgas de hambre, por simple despecho de sí mismo, al haberse dejado arrollar, cocear y moler por los pies de una inmunda manada de toros bravos.

Cierto que, el parecer de Sancho Panza era muy otro, y así cuando su amo terminó de expresar su decisión de morir de «la muerte más cruel de las muertes», nuestro buen escudero le respondió, sin dejar de mascar aprisa, «de esa manera, no aprobará vuesa merced aquel refrán que dicen: Muera Marta y muera harta. Yo a los menos no pienso matarme a mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar a donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo».

Este incidente nos conduce a considerar el problema de la muerte. Para algunos, como D. Quijote, no parece sino que uno tiene el privilegio de escoger el momento y circunstancias de su muerte. Así vemos que le dice a su escudero: «Déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerza de mis

desgracias... de manera que pienso dejarme morir de hambre». Más acertados van, los que como Sancho Panza piensan que «todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida siempre va deprisa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras».

Sí, razón tiene Sancho en afirmar que todos estamos sujetos a la muerte, la deseemos o no, pues como bien dice Cervantes, «la muerte acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores». Ya Santiago, aquel austero siervo de Dios, se rebelaba contra los que, no teniendo en cuenta esta realidad, blasonaban de su control sobre las circunstancias y su propia vida. A los tales, para mostrarles su error les dice:

«Vosotros, los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y pasaremos allí el año, y negociaremos, lograremos buenas ganancias», no sabéis cuál será vuestra vida de mañana, pues sois humo, que aparece un momento y al punto se disipa. En vez de esto debíais decir: Si el Señor quiere y vivimos, haremos esto o aquello. Pero del otro modo os jactáis fanfarronamente, y esa jactancia es mala. Pues al que sabe hacer el bien y no lo hace, se le imputa a pecado» (Santiago 4:13-17).

Estando la vida y la muerte tan entrelazadas, ya que, la muerte es simplemente el último acto de la vida, es interesante observar los diversos conceptos que se tiene de la una y de la otra. Acabamos de

ver, que Santiago compara nuestra vida a «un humo que aparece un momento y al punto se disipa». Siglos antes, el patriarca Job había declarado en su dolor, «mi vida es un soplo» (Job 7:7). El Rey David en una de sus composiciones poéticas, describe la vida del hombre en estos términos: «Los días del hombre son como la hierba; como flor del campo así florece, pero sopla sobre ella el viento, y ya no es más, ni sabe siquiera donde estuvo» (Salmo 103:15-16). En fin, San Pedro, el apóstol, comparando lo efímero de la vida del hombre con la perennidad de la palabra de Dios, escribe lo siguiente:

«Toda carne es como heno, y toda su gloria como flor de heno: secóse el heno, y la flor cayó; más la palabra del Señor subsiste eternamente, y ésta es la palabra que os fué anunciada por el evangelio» (I Pedro 1:24-25).

Volviendo a nuestra historia, es curioso ver, como D. Quijote y su escudero concuerdan en sus opiniones sobre la fatuidad de la vida y la realidad de la muerte. Para uno, en efecto, la vida es una comedia, para el otro es un simple juego. Por lo interesantes que resultan tales comparaciones, las transcribimos a continuación: «¿No has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales... Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas

cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura».

Sancho, populachero como siempre, prefiere un ejemplo más vulgar, y asemeja la vida y la muerte al juego de ajedrez, diciendo: «Mientras dura el juego cada pieza, tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura».

Aunque las dos opiniones tienen ciertos amagos de la verdad, en el fondo no corresponden a las tantas veces repetida profesión de «cristiano viejo» de que se jactan amo y escudero. La vida, en efecto, es más que una comedia o que un juego, es una realidad que se prolonga a través de la muerte, que no es meramente fría sepultura, como parecen creer D. Quijote y Sancho. Podemos, pues, decir, que la vida y la muerte son simples etapas de una existencia; esta existencia, aunque parezca paradójico, puede ser un vivir muriendo, o un morir viviendo. D. Quijote encarna el primer concepto de la vida, y así se lo declara a su escudero, «Yo, Sancho, nací para vivir muriendo». No creemos, sin embargo, que este concepto de la vida esté arraigado en una filosofía cristiana, al contrario, parece más bien que encierra un no sé qué de fatalismo ante la vida y la muerte. Lo sucedido a D. Quijote en la singular aventura del cuerpo muerto, ilustra que, en el fondo de su alma, nuestro Caballero Andante sentía ante la vida y la muerte, especialmente ante esta última, una especie de estoicismo prosaico que nada tenía que ver con la esperanza de un cristiano. Se recordará, que cuando

ante la litera donde yacía el cadáver, D. Quijote pregunta al licenciado Alonso López, que quien había matado al caballero, el bachiller le contesta: «Dios por medio de unas calenturas pestilentes». Es entonces cuando nuestro Hidalgo manchego dice: «Habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si a mí mismo me matara».

Es evidente el contraste entre esta filosofía quijotesca del «encogerse de hombros» ante lo irreparable, y la actitud que adoptan los personajes de la Santa Escritura ante la vida y la muerte. En efecto cuando San Pablo ve cernirse sobre él los negros nubarrones de la muerte, afirma, en plena cárcel, su convicción de que la vida o la muerte están en manos de Dios, y en vez de un escéptico encogimiento de hombros proclama su esperanza cristiana en estos términos:

«Cuanto a mí, a punto estoy de derramarme en libación, siendo ya inminente el tiempo de mi partida. He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo Juez, y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida» (II Timoteo 4:6-8).

Esta declaración apostólica, escrita poco antes de sufrir el martirio que coronó una tan sin par carrera, nos recuerda lo que el mismo San Pablo, dijo de su concepto de la vida y de la muerte:

«Para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia... para estar con Cristo, que es mucho mejor» (Filipenses 1:21,23).

Quisiéramos terminar citando las frases con que Cervantes concluye su obra: «Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba...». Nos parece advertir cierta ironía en la última frase, porque la muerte no va a venir a nuestro antojo. La esperemos o no, vendrá, y lo hará, quizás en las mismas circunstancias que Jesucristo relata en la parábola del rico insensato. Cuando todo nos sonría y creamos haber llegado al colmo de la abundancia, y por ende, de la felicidad, puede dejarse oir la voz de Dios que dice:

«Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?» (Lucas 12:20).

Sería difícil hallar un mejor resumen de todo lo dicho, que el que nos ofrece San Pablo en su epístola a los fieles romanos:

«Porque ninguno de nosotros para sí mismo vive, y ninguno para sí mismo muere; pues si vivimos para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos» (Romanos 14:7-8).

Quiera Dios que ésta sea nuestra propia experiencia.

INDICE

Prólogo 1

I. Quijote o Sancho 2

II. A quien encomendarse 7

III. Venganza o perdón 12

IV. Edad de oro y bellotas 18

V. Valor y miedo 24

VI. Libertad y esclavitud 31

VII. Amor y matrimonio 37

VIII. Agüeros y encantamientos 44

IX. La verdadera hermosura 50

X. Agradecimiento o ingratitud 56

XI. Conócete a tí mismo 62

XII. Fe y credulidad 69

XIII. Gloria y codicia 75

XIV. Envidia y defectos 81

XV. Vida y muerte 88

E. M. I. - TANGER